Nº 806, 30 Julio 862
29-30 (bis)
7681
(Lopez 1847)

LA FUENTE DE LOS ROSALES.

POR

D. JUAN ORTIZ GALLARDO, LOPEZ DEL HOYO.

PRECEDIDA DE UN PRÓLOGO.

POR

DON J. R. O. Y E.

MADRID:
IMPRENTA DE J. MARTIN ALEGRÍA,
Paseo del Obelisco, 2, Chamberí.
1862.

3425

647-523

3425

LA FUENTE DE LOS ROSALES.

LA FUENTE
DE LOS ROSALES.

POR

D. JUAN ORTIZ GALLARDO, LOPEZ DEL HOYO.

PRECEDIDA DE UN PRÓLOGO.

POR

Don J. R. O. y E.

MADRID:
Imprenta de J. Martin Alegria,
Paseo del Obelisco, 2, Chamberí.
1862.

Es propiedad del autor, quien usará de su derecho segun las leyes vigentes.

PROLOGO.

Libre la novela de las trabas que impone á las obras dramáticas su propia naturaleza, aun prescindiendo de las que una crítica rutinaria y materialista añadió, sin otro fundamento que su ciego amor al pasado; sin límites fijos de espacio ó tiempo para colocar y desenvolver su accion, no podia menos de ser la forma principal que la literatura de un siglo como el nuestro aceptase, y en la que no ya solo pretenda describir las costumbres ó la vida íntima de un

pueblo determinado, sino hasta plantear con pasmoso atrevimiento los mas árduos problemas de la sociedad, seguirlos en sus incidentes, y deducir sus consecuencias inmediatas, vestidas con las flores de una imaginacion feliz que nos atrae y entusiasma muchas veces, mas por la excitacion del sentimiento, que por el mesurado cálculo de la sana razon.

Este inconveniente, comun á otras clases de producciones, adquiere en la novela mayor importancia; fácil es convencerse de esta verdad. Cualquier libro, por inmorales y disolventes que sean las doctrinas en él contenidas, jamás sus efectos llegan á ser perceptibles de una manera alarmante, porque pasando por manos de un escasísimo número de lectores ilustrados, que si alcanzan á comprenderlos, llevan tambien en sí mismos el correctivo de sus propias ideas, ó no son nunca pasto de la lectura, es-

casa entre nosotros por desgracia, de la parte de la sociedad que se conoce bajo el nombre de vulgo, ó si alguna vez sucede, su limitacion no alcanza hasta ese fondo oculto, que solo á las inteligencias acostumbradas al estudio es dado descubrir, ni la aridez de la ciencia, por muy engalanada que se presente, logra cautivar una atencion casi siempre poco cultivada que necesita, para no decaer, otros atractivos mas sensibles que las reflexiones abstractas del metafísico ó la rigida argumentacion del dialéctico.

La novela por el contrario tiene campo abierto en toda la escala social, y así como al elegir sus personajes, registra con igual desembarazo los palacios de los reyes, haciendo públicos los ocultos manejos de una corte poderosa, ó á impulso de la santa idea de la dignidad humana, penetra en la choza del esclavo envilecido, arrancando al universo entero la primera gran pro-

testa, precursora de los acontecimientos que hoy pasan casi á nuestra vista, y que á pesar de horrorizarnos, parece que descubren en lontananza, entre el humo de los cañones y el eco de la fusileria, una nueva aurora de felicidad para el mundo; así tambien en forma de libro la novela corre á nuestro hogar, y ya inocente entretenimiento en las horas de descanso, ya constante pesadilla de la imaginacion sobrado fogosa en cierta edad, máxime si otras ideas menos poéticas, pero mas positivas y prácticas, no refrenaron desde un principio su atrevimiento. Ella, medio el mas poderoso para la propagacion de una doctrina, marcha rápidamente de una parte á otra, se infiltra sin sentirlo en nuestro ser, se connaturaliza con nosotros, y en mas de una ocasion despierta en el jóven casi imberbe ó en la niña que acaso no ha abandonado aun sus juegos de la infancia, aspiraciones y deseos

hácia un mundo quimérico y fantástico, de los cuales no es el mayor mal el inevitable desengaño que les espera.

Pero la novela puede traer aún peores consecuencias. Es cierto que de todo se abusa, pero de pocas cosas creemos se haya abusado tanto en estos últimos tiempos como de ese gran medio de comunicacion intelectual. Díganlo sino la mayor parte de las producciones, que malamente traducidas, se importan cada dia de la vecina Francia. No parece sino que ha vuelto á apoderarse de nosotros la idea pagana, ya que no en la religion en la literatura, y así como entónces todos los vicios, todas las perversidades posibles tenian una deidad protectora, toda inmoralidad, toda corrupcion tiene hoy á sus órdenes un ingenio que las preconice.

Felizmente para España solo vemos esa importacion extranjera, que el desarrollo del buen

gusto desterraria muy pronto por completo, sin que nuestros escritores, de los cuales algunos han dado no escasas muestras de sus disposiciones para el género, hayan admitido esa fatal tendencia que en todo su desarrollo infecta ya la mayoría de las obras francesas.

No negaremos que la causa primera de tan grave mal, no está tanto en el espíritu de los autores, como en el poco satisfactorio estado de las actuales costumbres; pero tambien es innegable que muchas de aquellas no composiciones artísticas en que la naturaleza se presta embellecida á nuestros ojos, si puràs fotografías de lo bueno y malo que nos rodea, han sido y son actualmente, sino la tea incendiaria, la ráfaga encargada de comunicar el incendio á las mas apartadas regiones. Y si triste cosa es contemplar la decadencia de la moral y las buenas costumbres, lastimosa contradiccion en medio del

verdadero adelanto de la época, cuánto mas no lo será, ver ese prurito, que en algunos escritores se advierte, de entresacar una por una las miserias humanas, fundando las bases de una moralidad *sui generis*, en el arrepentimiento tardío de una vida licenciosa ó en los padecimientos, resultado de una pena terrible, aunque justa, que la sociedad impone tácitamente al que una vez ha faltado á sus deberes.

Mas si bajo este punto de vista la novela puede considerarse como una verdadera calamidad, que por lo menos descubre ante los ojos de la inocencia, aunque sea para combatirlos, el completo panorama de los vicios y la corrupcion, cuando partiendo de una idea mas alta, ya desentraña con Manzoni y Walter Scott, de las historias del pasado, las principales figuras que en ella juegan poniendo en sus labios las máximas mas bellas de la religion y la moral, ó ya con

Lamartine y Fernan Caballero presenta el cuadro de nuestras actuales costumbres, con sus defectos inherentes es verdad, pero donde se encuentra algo digno y noble que solo la virtud lleva consigo, la novela deja de ser el instrumento de una propaganda ó el espejo de tal ó cual flaqueza y colocándose en esfera mas elevada, lleva al seno de la familia, al pueblo y á la humanidad toda, los gérmenes de las cualidades que admiramos en sus protagonistas y sus héroes.

Limitándonos ahora á la que deben servir de prólogo estos mal ordenados renglones, permítasenos ante todo congratularnos al ver el propósito que en ella manifiesta su autor, con el cual sino estamos completamente de acuerdo en algunos puntos incidentales, lo estaremos siempre y de todo corazon en el principio que le sirve de base.

La idea cristiana en sus mas bellas manifestaciones, la abnegacion y la caridad es, desenvuelta con la mayor sencillez, el argumento de todo el libro. *María*, personificacion de aquellas dos virtudes y casi único personaje que debiera fijar nuestra atencion, porque ella sola reasume en sí todo el interés del lector, es arrebatada, aún muy niña, de brazos de sus padres, y pasando por una série de vicisitudes, que en vez de apagar, avivan en su alma el sentimiento religioso, llega hasta renunciar al mundo haciéndose hermana de la caridad, sacrificando al fin su propia vida en aras de aquellas santas virtudes.

No entraremos nosotros á examinar uno por uno los distintos incidentes de la novela, porque ni ese ha sido nuestro objeto ni los límites á que debemos atenernos nos lo permiten. Sí diremos solo que en esos cuadros sencillos de

la vida, cuadros cuyo mayor mérito consiste en la verdad que encierran, andubo el autor las mas veces acertado, y si bien el conjunto se resiente algo de la timidez natural al que dá su primer paso en un género de literatura tan difícil, aun para los que ya lo experimentaron mas de una vez con éxito satisfactorio, siempre hemos encontrado en ella un argumento conducido con bastante regularidad, caractéres descritos hábilmente, si bien decaen en alguna ocasion; y por último, esa pureza religiosa y moral que ojalá brillase siempre en todas las obras de la misma clase.

Juan Ramon Oses y Eztcrripa.

DEDICATORIA.

Al Señor Don Agapito Lopez del Hoyo y Perez, Teniente Coronel de Infantería retirado, caballero de la real y militar órden de San Hermenegildo, condecorado con varias cruces de distincion por acciones de guerra, benemérito de la patria, ex-diputado provincial, ex-diputado á Córtes, etc.

Y á su esposa la Señora Doña María del Cármen Ayuso y Larragoiti de Lopez del Hoyo.

Encarecidamente os ruego, queridos tios, que no quilateis el valor de este libro por lo que mereceis vosotros, sino por lo que valga como prueba de mi agradecimiento.

Y si algun mérito darle quisiérais por las buenas doctrinas que trata de sustentar, este mérito és vuestro, no mio, pues aquellas son debidas, no á otra cosa, sino á los nobles y religiosos sentimientos, en los cuales os habeis esforzado por educarme.

Tal cual es, recibidle como prenda de mi cariño, y miradle benignamente, porque es una de mis primicias literarias.

Vuestro amantisimo sobrino,
Juan Ortiz Gallardo Lopez del Hoyo.

CAPITULO PRIMERO.

EL HOMBRE DESCONOCIDO.

Junto á un lugar de Castilla, *de cuyo nombre no quiero acordarme*, habia un valle amenísimo, de magnífico verdor, lleno de zarza-rosas y de azucenas silvestres, rodeado de frondosas eminencias, y en cuyo centro nacia una fuente, cuyas aguas puras y cristalinas, benditas de Dios, dában la salud.

Llamaban á este sitio el valle de la *Fuente de los Rosales*, y á él venian las gentes del pueblo á solazarse en los dias de fiesta, tam-

bien cuando se celebraba la de los Santos Patronos del lugar, y siempre que habia algun motivo extraordinario de regocijo, sin embargo de que, era fama que, cuando el cielo se encapotaba y corria el vendabal, tenia el valle un aspecto sombrío, y al cimbrearse los arbustos por el ímpetu del aire, se oian ruidos que daban miedo, por asemejarse á quejidos dolosos y lastimeros.

Pues pasado el valle, en una montañita que se veia á la izquierda de aquel y no muy distante, habia una cabaña en la cual vivian tranquilamente unos pastores. Componíase esta pobre familia, de un hombre que contaba mas de sesenta años, pero firme y robusto como un roble, de bondadoso semblante, blanca y venerable cabeza, cristiano viejo, cuidador de su familia, contento con su suerte y con la esperanza de morir tan buenamente como habia vivido; de una mujer que pasaba ya de los cincuenta, pero

que estaba bien conservada; que era viva y alegre y muy amante de su marido y de sus hijos á los que apañaba y aderezaba lindamente; y de dos niños, el uno de doce años y el otro de diez.

Era en el verano y hacia poco tiempo que habia anochecido. El cielo que al ponerse el sol no estaba puro y sereno, sino oculto en partes por grandes grupos, como de montañas de nieve, se habia cubierto ya enteramente, y oscuro y aterrador amenazaba descargar sus iras con estrépito.

A poco los relámpagos anunciaron la tempestad, y el aire caliginoso que llenaba la atmósfera, manifestaba que la tormenta iba á ser grande.

El viejo salió fuera de la cabaña, miró atentamente á todos lados, y meneando la cabeza con desconfianza:

—Vamos, dijo á sus hijos, vamos á recoger el ganado, porque va á tronar y es pre-

ciso que estemos de vuelta antes de que el nublado principie.

Marcharon los tres, y no habian andado gran trecho alejándose de la choza, cuando un horrible trueno retumbó de manera que, la tia Manuela, la mujer del pastor, que en aquella permanecía, hizo instintivamente la señal de la cruz santiguándose y diciendo:

—¡Ave María purísima!!.. ¡Santa Bárbara bendita, qué trueno!!... Dios quiera que vengan con bien mi hombre y los chicos. Y se puso á rezar encomendándolos á la Santísima Vírgen de todas veras.

A poco el agua caia á torrentes, los truenos arreciaban cada vez mas, pareciendo que el cielo se derrumbaba. El aire gemia como herido por los esfuerzos de la naturaleza; y los relámpagos aparecian súbitamente desapareciendo al instante, como huhuyendo de iluminar tanta desolacion.

Continuaba orando fervorosamente la tia

Manuela, cuando, como arrojado tambien del cielo, un ginete apareció á la puerta de la cabaña. Apeóse del caballo y entró precipitadamente en ella. La tia Manuela al ver delante de sí un hombre de no buena catadura, con armas al cinto, y trayendo en sus brazos una niña, que la pobre mujer creyó muerta, quiso gritar, pero no pudo de miedo, y permaneció como fascinada por lo extraordinario que ante su vista ocurria. El hombre, tan luego como entró, dejó su carga en el suelo, sacó una bolsa y una cartera, y despues de escribir en esta algunas palabras:

—Tomad, dijo, dejando caer junto á la mujer del pastor ambas cosas, llevad esta niña á su padre que la adora y rogad á Dios que me perdone.

Calló y salió inmediatamente; y montando sobre el caballo otra vez marchó á galope como desafiando la tempestad.

La tia Manuela no habia tenido tiempo

para reponerse del susto, cuando ya el hombre habia desaparecido. Sin su presencia, respiró con mas libertad; pero permanecia sin mudar de postura, sin hacer nada y contemplando á la niña, la cual entreabriendo los ojos dijo, moviéndose como desasosegada:

—¡Tengo frio!

—Hija mia, contestó la tia Manuela, saliendo de aquella especie de pasmo, reanimada su sensibilidad por aquella natural exclamacion de la niña, dándola un beso y palpándola los vestidos, pues no has de tener frio, si estás toda mojada, pobrecita.

Levantóse y alzando á la niña la desnudó; formó con sus sayas, y algunas otras ropas, un lecho lo mejor que pudo, bastante cómodo, y metióla dentro de él diciendo:

—Angelito, ¡cuánto habrás sufrido! estate quieta y así echadita, verás como entras en calor. Eres como un sol de hermosa, hija mia, Dios te bendiga.

Recogió despues del suelo la cartera y la bolsa y guardó ambas cosas cuidadosamente. Asomóse luego á la puerta de la choza y viendo que la tempestad se alejaba:

—Gracias á Dios, dijo, que va á cesar de llover; buenos vendrán Pedro y los muchachos.

Dejó la puerta y acarició otra vez á la niña, y despues arrimando fuertes troncos á la mortecina lumbre, avivóla, poniéndose en seguida á preparar la cena. Tan pronto como fué posible dió algun alimento á su pequeña huéspeda, la cual, quedóse al poco rato profundamente dormida.

CAPITULO II.

LA BOLSA Y LA CARTERA MISTERIOSAS.

Las nubes huian precipitadamente á los confines del cielo: su terso azul aparecia bello como la esperanza, y veíanse lucir las estrellas con ese reflejo puro y brillante que manifiesta que mas alto hay un trono de luz, donde se asienta un Dios Todopoderoso, Señor del mundo.

El huracan se habia convertido en tranquila brisa; y el desacorde ruido de los vigilantes insectos de verano, decia que la tempestad habia desaparecido.

El pastor y sus hijos, aunque andubie-

ron ligeros, no tuvieron tiempo para llegar adonde estaba el ganado antes de que la tormenta comenzase. Cogiólos esta á la mitad del camino, y se guarecieron, cuando mas arreciaba, debajo de las encinas, mas tan luego como aflojó y disminuyó la copiosa lluvia, llegáronse al sitio en el que se hallaba su atemorizado rebaño. Recogiéronle bien, para que pasára la noche, y en seguida se volvieron los tres á la cabaña.

Grande fué su sorpresa al encontrarse con aquella niña, cuyo sueño velaba la tia Manuela; y subió de punto su admiracion al referirles esta, como el hombre que la trajo se habia aparecido en la choza, cómo la dejó allí juntamente con la cartera y la bolsa, y cómo habia desaparecido al instante, cuando la tempestad era indudablemente mas furiosa.

Acercábanse los niños con curiosidad al lecho donde dormia la recien venida, y la

contemplaban con alegría diciéndose el uno al otro.

—¡Andresillo, mira que guapita es! Mucho, Antoñico, y mira... mira ¡cómo le relucen los pendientes!

Mirábala entretanto tambien el tio Pedro, y despues de mirarla y remirarla, y de cómo meditar acerca de aquel caso nuevo, tan extraño y raro.

—Dáme, Manuela, dijo, dáme esa cartera y esa bolsa.

Sacó la mujer ambas cosas y entrególas á su marido. Este abrió la cartera, recorrió todas sus hojas, vió que en ellas habia algo escrito; pero nada pudo descifrar. No llegó jamás á leer, aunque de aficion tenia perfecto conocimiento de las letras. Las de la cartera, escritas de prisa y con lápiz, eran para él misteriosos garabatos. Acudió en su apuro á sus hijos que ya sabian algo, particularmente el mayor, el cual leia ya

de corrido en letra de molde; pero por mas que el chico hizo para dar gusto á su padre y satisfacer la curiosidad de todos, no le fué posible poner en claro ni una sola palabra. Resignáronse, pues, por entónces, á ignorar lo que en la cartera se decia, y cogiéndola el padre otra vez:

—¡Paciencia, hasta mañana! exclamó, que el señor Cura lea todo lo que está escrito en estas hojas. Y despues de mirarlas con cierta expresion de dolor, quedóse como pensativo.

El pastor acababa de nombrar al Cura, como persona en la cual, era en la que tenia mas confianza. Naturalmente esto debia ocurrirle, porque el señor Cura del pueblo inmediato, de cuya parroquia era el tio Pedro feligrés, le apreciaba mucho y con cariño y con verdadera caridad auxiliaba y aconsejaba á la familia, dando á todos fuerza para salir adelante en sus trabajos. Ellos

tenian gran confianza en aquel Sacerdote, y era cosa corriente, cuando al matrimonio le ocurria algo para lo cual no tenia salida segura, acudir á su Párroco demandando luces y consejo.

Despues de pasados algunos instantes en que el marido, parecia agoviado bajo un pensamiento que ocupára su mente, saliendo de este estado, guardó la cartera y la bolsa y se puso muy cerca de su mujer, la cual estaba junto á la lumbre á la mira de la cena.

—¿Y no reparaste, la dijo, porque lado vino ese hombre?

—¡Qué habia de reparar, contestó la tia Manuela volviéndose hácia su marido, si estaba con la espalda á la puerta y atemorizada con los truenos! Cuando miré, por sentir ruido cerca, me encontré con el picaronazo de ese hombre. Habia poca lumbre, y así es que la luz no era mucha: y cuando ya me iba fijando en él y reponiendo del sus-

to, desapareció. Todavía permanecí como pasmada contemplando la niña, hasta que esta, quejándose me sacó de aquel estupor y en seguida traté de cuidarla á la pobrecita.

—¡Bribonada semejante!... ¡qué planes serian les suyos! ¡qué hombre será ese!

—Muy malos debian de ser sus planes; pero sin duda que Dios le tocó en el corazon y se habrá arrepentido, porque me parece que me dijo al salir; «rogad á Dios que me perdone.»

—Tienes razon, esas palabras manifiestan dolor de haber ofendido al Señor con algun gran pecado. Se habrá arrepentido ese hombre sin duda: yo lo creo así por haberte dicho esas palabras. No las hubiera dicho, si porque le persiguiesen hubiese tenido que dejar aquí á la niña, librándose de semejante carga. Entónces hubiera dicho otras llenas de odio y de venganza ó de temor á sus perseguidores.

—Es verdad. ¿Y vosotros no habeis visto á nadie por el camino ó por el monte?

—No, á nadie hemos visto. Y eso que cuando principió á cesar la tormenta anduvimos un buen trozo, y justamente mucha parte de él por el camino.

—Extraño es, porque por ese mismo camino debió marcharse ese hombre. Pero vaya con Dios y el Señor le perdone el susto que me ha dado.

— Sea lo que Dios quiera mujer. Ya aclararemos este misterio. Por de pronto la niña está aquí sin riesgo alguno. Dios la ha querido librar, de seguro, de un mal inmediato que la amenazaba, moviendo el corazon de ese hombre para que la dejára entre nosotros. Mañana iré yo á estar con el señor Cura, y ya veremos de arreglarlo todo. Despierta á los muchachos y encomendémonos á Dios y á su Santísima Madre antes de recogernos.

Despertó la mujer en seguida á los muchachos, quienes acometidos fuertemente por el sueño formaban un grupo curioso, y acordando la hora de ir al pueblo y quienes habian de quedarse en la noche y en la mañana con el ganado, sacó el tio Pedro el rosario y en santa paz lo rezaron, cenando despues tranquilamente.

CAPÍTULO III.

LOS CONSEJOS DEL PÁRROCO.

Mucho antes de que el sol apareciera, cuando la aurora se disponia á anunciar la nueva luz, levantóse el tio Pedro y dió gracias al Señor por haberle conservado y concedido un nuevo dia para su santificacion, ofreciéndole así sus primicias. Cogió luego su morral, la cartera y la bolsa, y salió de la cabaña.

Encaminóse adonde estaba el ganado, revistóle minuciosamente, enterándose por su hijo de lo sucedido en la noche, y despues

tomó el camino del pueblo, llegando á este cuando ya hacia una hora que el sol habia nacido. Dirigióse á casa del señor Cura y averiguando que podia estar con él, entró al momento.

—¡Hola, Pedro! esclamó el buen Sacerdote al verle, en tanto que aquel cerraba el porton del zaguan de la casa y se le acercaba respetuoso, ¿pues cómo por aquí á estas horas?

—Me trae, señor Cura, un negocio muy importante.

—¿Sí? ¿muy importante?

—Sí, señor. Y quisiera que su merced, si lo tiene á bien, me aconsejára y me leyera unos papeles.

—Está bien, todo lo que V. quiera leeré. Ya sabe V., Pedro, que me intereso por todas sus cosas.

—Dios se lo pague á su merced, señor.

—Ea, pues, á ver qué es ello. Pero en-

tremos á mi cuarto y allí podremos hablar con toda libertad.

Entraron ambos en el cuarto, y despues que el señor Cura hubo cerrado la puerta, hizo ademan al tio Pedro para que comenzase á hablar. Este sacó entónces la cartera y la bolsa, y despues contó detenidamente la rara maravilla acaecida en su choza la noche anterior, durante la tormenta y cuando se hallaba sola su mujer.

Atento estuvo el señor Cura al relato del suceso, del cual no poco se admiró; y abriendo la cartera se apresuró á leer lo que en sus hojas estaba escrito. Varias cosas leyó que no servian para descubrir aquel enredo y que nada tenian que ver con el asunto, y al fin, ya despues de pasar y repasar hojas, encontró un párrafo que, escrito con lapiz y al parecer muy de priesa, decia lo siguiente:

« Esta niña es hija del Conde de la Enci-
» na : yo soy un malvado y el principal ejecu-

» tor de un plan concertado por otros para » robar al Conde. No he podido llevar á cabo » todo mi intento, pues al contemplar á esta » niña no sé lo que me pasa; su sonrisa de » ángel me ha conmovido, y las iras del cie- » lo, que parece que se desatan contra mí, » me aterran; no puedo con el peso de mi » crímen y huyo sin saber adonde, lleno de » pavor y espanto. En esa bolsa hay di- » nero y una cruz con una cadena de oro, » que pendia del cuello de la niña. Buscad » á su padre y rogad á Dios que me per- » done.»

—¡Bendito sea el Señor! y ¡de qué me- dios se vale su Divina Providencia para con- seguir sus fines! exclamó el Párroco despues de haber concluido de leer la anterior é in- teresante nota.

—¡Yo estoy aturdido! dijo el tio Pedro, saliendo de la especie de arrobamiento, en el que habia estado durante la lectura de

aquellas hojas manuscritas que tanta guerra le dieron la noche antes.

—Es, en verdad, un caso extraordinario, pero no desesperado.

—Y bien, señor Cura, ¿qué haré yo ahora? ¿adónde llevo á esa niña?

—¡Qué ha de hacer V.! qué hemos de hacer todos.... ¿qué hemos de hacer mas que buscar inmediatamente á ese señor Conde? ¡Pobre señor y cuánto estará pasando sin su hija, sin su hija que, segun se trasluce por las palabras de su mismo robador arrepentido, debe ser su delicia y amarla con delirio! ¡Cuán traspasado de dolor estará su amante corazon! Es preciso moverse. Yo escribiré á mis amigos, indagaré y daré cuantos pasos estén de mi parte; V. por la suya no se descuide tampoco. Vaya V. á la ciudad, pregunte, investigue, averigüe y descubra en donde mora ese infeliz padre, quién le conoce, qué será preciso hacer para dirigirse á él; en

fin, adquiera V. cuantas noticias le sean á V. posible adquirir. La niña, en tanto, pueden VV. tenerla consigo ó traerla aquí á mi casa: y de todos modos, sea aquí ó allá, procuremos educarla cristianamente, en el santo temor de Dios, ínterin vuelva á poder de su padre. Dígaselo V. así á Manuela, y no dudo que ella, que es tan buena cristiana, así lo hará ciertamente.

El pastor iba conviniendo en todo lo que el Sacerdote decia, y luego que este cesó de hablar, abrió la bolsa, echó el dinero sobre la mesa, y despues de contarlo y de apartar la crucecita con la cadena:

—¿Y en dónde, señor, dijo, se guarda este dineral?

—Ese dinero se lo lleva V. para su casa. Atiende V. con él á las necesidades de la niña, hace V. que no carezca de nada. Paga V. con él todo lo que sea necesario pagar para adquirir las noticias apetecidas; en fin,

lo emplea V. prudencialmente y nada mas.

Recogió el tio Pedro todo el dinero otra vez, guardólo y guardó tambien la cadena, la cruz y la cartera. Dió las gracias al señor Cura por el favor que le habia dispensado y por el interés con que se ocupaba de todas sus cosas, y saludándole afectuosamente, salió á la calle, dirigiéndose en seguida á una casa que tenia arrendada en el pueblo y en la cual pasaba los inviernos la familia. Allí se detuvo algun tiempo, y tomando despues el mismo camino que habia traido, volvióse en derechura á la cabaña.

CAPÍTULO IV.

LA HIJA DEL CONDE.

Con zozobra estuvo la tia Manuela desde que la dejó su marido, y deseaba que éste pronto diera la vuelta. Era tanta su curiosidad por descubrir el misterioso orígen de la forastera, que la traia pensativa y disgustada.

Mas de una vez intentó averiguar alguna cosa por la propia niña, preguntándola acerca de su vida anterior; pero esta solo supo decir que se llamaba María, que no tenia mamá, que su papá jugaba con ella y la llevaba

á paseo; que Leocadia, que era la que iba siempre á su lado y la que la vestia y cuidaba, la habia enseñado á rezar y la habia contado muchas cosas de la Vírgen, á quien ella queria mucho porque guardaba á las niñas que eran buenas.

No habia quedado satisfecha la pastora con lo averiguado en el primer interrogatorio, y se disponia otra vez á preguntar á la niña, cuando apareció el tio Pedro. Su mujer no pudo disimular el gozo al verle ya de vuelta, y pareciéndola que tardaba demasiado en esplicarse, esclamó:

—Vamos, hombre, ¿qué te ha dicho el señor Cura?

Contóla su marido todo lo que habia sucedido en la casa del Párroco, y la mostró la hoja de la cartera en donde se veia escrito el párrafo que aclaraba en parte el misterio de la aparicion de la niña.

—¡Con qué hija de un Conde nada menos!

dijo la mujer, admirada del relato de su marido y mirando alternativamente á la cartera y á María.

—Sí, Manuela, hija de un Conde nada menos.... de un Conde.... á quien es preciso buscar inmediatamente.

—Sí, señor, inmediatamente, continuó la mujer meneando la cabeza en señal afirmativa, inmediatamente. Es preciso buscar á ese señor, sí: y nadie puede hacerlo mejor que tú, querido mio. Nada.... nada.... no.... ¡vaya! pues no faltaba mas que nos estuviésemos mano sobre mano. Mientras que el señor Cura adquiere algunas noticias, nosotros, como te ha dicho, podemos y debemos adquirirlas tambien. Tú, cuanto antes, debes de ir á la ciudad y en ella preguntarás por ese pobre señor... por ese señor Conde.... y de seguro que allí sabrán darte muchas señas.... Pero ¡Dios mio! cómo estará el buen señor Conde.... ¿De qué le sirven

ahora todas sus riquezas, si todas ellas y todas las que pudiera tener no le descubren el paradero de su hija; si todas ellas y todo el dinero del mundo no bastará para consolarle? ¡Cómo estará, Dios mio, llorando por su hija, desalentado y sin que su corazon pueda saciarse con nada, sino con su María, con su adorada María! porque, segun la niña me ha dicho, su papá la quiere mucho y siempre estaba jugueteando con ella.

—¿Te ha contado muchas cosas? ¿qué te ha dicho, qué....? esclamó el pastor interrumpiendo á su mujer.

Esta contó á su marido todo lo que la niña la habia referido, y luego añadió:

—Nosotros, Pedro, nos iremos al pueblo. Allí estará mejor María, y puesto que nos habíamos de trasladar á él dentro de poco, lo mismo dá hacerlo antes que despues. El señor Cura, yéndonos allá, estará tambien

mas cerca de nosotros; le podremos consultar, y nuestro querido Párroco nos podrá aconsejar en todo. Buenos son siempre sus consejos; pero ahora mucho necesitamos de su saber y de su prudencia.

—Está muy bien dispuesto, vieja mia, contestó el marido, y mientras que vosotras os entreteneis en la mudanza, yo voy á hacer la jornada. Ponme en ese morral un bocadillo, en tanto que busco á los chicos y les digo adonde han de llevar el ganado.

Durante la conversacion de los bien avenidos consortes, María habia estado entrando y saliendo en la cabaña y tenia reunidas ya muchas variadas y bonitas flores para hacer un ramo.

Luego que salió el marido, la mujer, despues de hacer la merienda y ponerla en el morral, principió á reunir todo lo que habíase de trasladar al pueblo, y en esta faena á peticion suya, la ayudaba María. Aquella

se admiraba mucho al ver que esta se hallaba muy contenta y no echaba de menos las comodidades que suponia que la habrian rodeado hasta entónces; por esta razon á cada momento la hacia algunas preguntas sobre ello, á las que la niña contestaba como una mujer, concluyendo al fin por seguir la conversacion de esta manera:

—¿No estás triste, María? dijo la tia Manuela.

—No, contestó la niña. Me gusta mucho el campo. Mira, mira cuantas flores he cogido.

—Sí, son muy bonitas, continuó la mujer del pastor; pero temo que no te vas á hallar aquí.

—Sí; veras como estoy bien.... me gusta tanto esto; y tú eres muy buena, ya te quiero. Leocadia me decia que siempre debia estar una contenta; que Dios y la Vírgen cuidan de todo, hasta de los pajaritos. ¡Ay!

cuando tuve miedo fué anoche, porque me acordaba de los truenos y de aquel hombre que me trajo, y eso que no me hizo daño.

—Pero dime, hija mia, ¿cómo te cogió aquel hombre?

—No sé.... continuó la niña. Cuando abrí los ojos me encontré en sus brazos, y al mirarle me dió miedo y me eché á llorar; pero él me dijo que no llorara, que íbamos á buscar á papá. Desde entónces estuve contenta. Cuando corríamos á mí me gustaba, porque creia que iba á ver pronto á papá.... pero luego.... no sé cómo me dejó aquí.

—¿Pero no tuviste miedo al ir á caballo y corriendo?

—No; he corrido así mucho con papá.

—¿Y dónde está tu papá?

—¡Papá! en la Almena.

—¿Será alguna ciudad muy grande? dijo la tia Manuela gozosa, creyendo que con aque-

lla revelacion habia adquirido una importante noticia.

—No, contestó la niña. Es una casa muy bonita, donde hay muchas flores y muchos árboles.... y mira, tambien hay muchos pájaros.... y muchos peces.... ¡Ay! jugaba yo tanto allí.... con Leocadia!

—Ya volverás á jugar con ella, se apresuró á decir la tia Manuela, reparando que María se habia entristecido.... Ahora, dentro de poco, continuó, haremos nuestro viaje al pueblo y verás.... verás como tambien hay muchas cosas... y niñas, con las que tú jugarás y con las que te has de divertir de veras.

Efectivamente, no mucho tiempo despues llegaron á la cabaña el tio Pedro y Andrés, el hijo mayor de este. El primero recogió su morral, se despidió de su mujer, dió un beso á María y partió inmediatamente. El segundo fué á buscar un borrico, con el que á poco apareció otra vez en la puerta.

La mujer del pastor, cuando lo tuvo todo dispuesto, cargó, ayudada de su hijo, varios trebejos sobre la caballería, y formando encima de ellos un mullido asiento con distintas ropas, colocó en él á María, y en esta forma se encaminaron todos al lugar.

CAPÍTULO V.

LAS INDAGACIONES.

Hizo el tio Pedro su corta jornada llegando á la ciudad muy pronto. Con deseos de averiguar algo acerca del paradero del señor Conde; interrogó á varios de los conocidos que se iba encontrando en la calle, pero ninguno de ellos le sabia dar razon de lo que les preguntaba.

Fuése en derechura á rasurar á casa de un antiguo amigo suyo, barbero sabiondo, con mas noticias que un diario y mas letras que una imprenta, y que siempre tenia voluntad de

encaminar al prójimo por el lado, á su parecer, seguro. Preguntóle en seguida el pastor por el señor Conde de la Encina y que le dijera cuanto de este señor supiese. El barbero, despues de discurrir gran espacio, le dijo que en su tierra habia oido hablar alguna vez de ese señor Conde; pero que lo que era en la ciudad y sus contornos nadie le daria razon; porque ni vivia en ella, ni jamás habia vivido, segun sus noticias; ni tenia administrador ni posesiones en la ciudad ni en sus tierras.

Desconsolado quedó el preguntante con esta respuesta, porque el barbero era su esperanza en aquel apuro. Sin embargo, trató de adquirir noticias por otra parte, y fué á visitar á varios sugetos. Todos se hacian de nuevas al oir el título del Conde, y ninguno supo decirle tanto como le habia dicho ya el barbero. Hizo el último esfuerzo visitando alguna persona mas, y no encontrando quien

le diera noticias, ni la menor razon de lo que deseaba, determinó marcharse al pueblo, aunque era tarde y tendria que andar ligero.

La tia Manuela, María y Andrés tardaron poco en llegar al mismo y se dirigieron á su casa, la cual era la que habitaban durante el invierno, y por consiguiente estaba dispuesta para entrar desde luego. Componíase de cuatro pequeñas habitaciones, pero que no dejaban de ser cómodas: cámaras en lo alto, un portal delante y varias piezas para distintos usos detras. Habia en ella pocos muebles y estos muy usados, pero colocados con mucho órden, y se observaba pronto que la que la regía tenia don de gobernarla.

A poco de llegar los viajeros, presentóse el señor Cura, y saludando cariñosamente á su feligresa y acariciando á María, rogó á la primera que contára cómo habian dejado á aquella niña en su poder. Hizo el relato de

todo la mujer de buena gana, y despues añadió lo que la misma niña habia dicho y lo que ella pensaba de tales esplicaciones.

—¿Y Pedro? dijo el señor Cura luego que concluyó de hablar la tia Manuela.

—Ha ido, señor, á la ciudad, como vuestra merced le aconsejó, y estoy segura de que ha de traer buenas noticias, porque donde él pone la mano....

—Ya sé que Pedro lo entiende. Mucho me alegraría de que hubiera conseguido saber lo que todos deseamos. En tanto que llega, yo me llevo esta niña, y luego, no muy tarde, volveremos.

—¿Quieres venir conmigo, hija mia?

—Sí, señor, contestó María poniéndose al lado del afectuoso Párroco.

—Anda, anda, querida, con el señor Cura y verás qué bien lo pasas. Yo entretanto te voy á arreglar el cuartito y lo dejaré de

modo que has de estar en él mejor que una princesa.

El señor Cura y María se marcharon, y la tia Manuela se dió á sus afanes al instante.

Mucho obsequió aquel á la niña, al mismo tiempo que la hizo varias preguntas para formar cabal idea de su estado intelectual y moral y adquirir noticias de su familia y del modo de vivir que habia tenido en los pocos años que contaba. Recogió algunas, aunque muchas vaga é inciertamente, y conoció que la niña á un natural excelente, y á una buena disposicion, unia cierta educacion cristiana nada comun, y debida sin duda en gran parte, á la nombrada Leocadia, aya que, segun las esplicaciones de aquella, la habia tenido bajo su direccion inmediata.

El tio Pedro, dándose mucha prisa en el camino, no tardó en llegar al pueblo, y fuera por este esfuerzo ó por el mal rato que

habia tenido en la ciudad, andando de aquí para allí sin conseguir lo que deseaba, ó por ambas cosas á la vez, y alguna otra de la cual no sea fácil dar razon, lo cierto es que cuando entró en su casa iba tan demudado y decaido que su mujer, al verle, se asustó y no pudo menos de preguntarle qué era lo que tenia.

—Nada, Manuela, contestó; pero salí tarde de la ciudad, he andado mucho y vengo muy cansado. Y todo esto ¿para qué....? continuó con manifiesto disgusto, para qué, vamos á ver....? ¿De qué ha servido mi viage? De nada.... absolutamente de nada. Sea todo por Dios.... y cúmplase únicamente su santísima voluntad.

En este momento entraron adonde estaba el pastor y su mujer, el señor Cura y María y ambos le preguntaron con ánsia acerca del resultado de su expedicion. El tio Pedro contó, punto por punto, lo que le habia suce-

dido, enumerando las visitas que habia hecho, cómo en ellas le recibieron, todos los pasos que dió y la novedad que hacia el nombre del señor Conde en todas las personas, á las cuales por él habia preguntado. Sin omitir lo poco que del asunto el maestro barbero le dijo; añadiendo á esta noticia el nombre de la tierra del barbero, de lo que se alegró el señor Cura, por tener por aquel país un amigo de confianza á quien poder escribir, el cual, si algo supiera, inmediatamente se lo comunicaria.

Mucho se alegraron todos con esta esperanza, resignándose, por otra parte, á esperar hasta que Dios fuera servido.

El señor Cura, que durante la conversacion se habia fijado despacio en el pastor, observó su mal talante y así se lo advirtió. Contestóle que no se sentia bueno y que tenia un malestar muy grande. Todos determinaron que se acostase, y dócil á las insi-

nuaciones de todos, así lo hizo. El señor Cura, pareciéndole aquello de cuidado, mandó llamar al cirujano, el cual á poco rato se presentó. Estuvo con el enfermo, examinóle detenidamente, recetóle cierto brebaje y salió de la habitacion, y haciendo que saliera el señor Cura con él, cuando se hallaron ya fuera de la casa, le dijo:

—Señor Cura, el tio Pedro está muy malo.

—No me parece bien, no, contestó el Párroco.

—Creo que no dura dos dias.

—¡Jesus! hombre.... ni dos dias!

—No, señor: á no ser que Dios haga un milagro, se muere.

—¡Jesus! ¡Jesus! pues vuelvo inmediatamente á preparar para tal desgracia á esta pobre familia.

—Tambien volveré despues, señor Cura; hasta luego.

—Vaya V. con Dios.

Echó el cirujano la calle abajo, y el señor Cura fué á su casa, permaneció en ella un momento y volvió en seguida á la del pastor.

CAPITULO VI.

LA MUERTE DEL TIO PEDRO.

Es el cuerpo del hombre, cuando Dios quiere que desaparezca de esta tierra de miserias, como frágil caña que se rompe pronto á impulsos del vendabal menos fuerte, como flor delicada que mata el hielo ó se sofoca al calor de los rayos de un sol vigoroso.

El tio Pedro pasó desasosegadamente la noche: la enfermedad cebóse en él de una manera horrible, y por la mañana todos conocian en la casa que el enfermo se moria.

La tia Manuela fué llorando á despertar á la

niña, la cual se habia acostado muy tarde y con la idea de que el pastor estaba malo.

—¿Qué tienes, Manuela? dijo María al momento que la vió: ¿por qué lloras?

—Mi hombre se muere; hija, ¿quién buscará á tu papá?

—Es verdad, contestó la niña quedando pensativa por un instante. Pero no se morirá, no, añadió queriendo sonreir: ¡Dios mio, que no se muera!

La tia Manuela la dió un beso y continuó diciendo:

—¡No tiene ya remedio....! ¡pobre de mí! María.... yo quisiera pedirte una cosa.... y me dá no sé qué.... vergüenza....

—¡Vergüenza! exclamó la niña.... no tengas vergüenza, no, dime.... dime lo que quieres.

—Mira, hija mia, cuando aquel hombre te dejó en la choza, dejó tambien una bolsa con dinero para poder buscar á tu papá. Ese

dinero es tuyo : nadie puede disponer de él sino tú, y si quisieras prestarme un poco... me harias un gran favor.... porque.... no tengo para pagar las medicinas que ha tomado y tiene que tomar Pedro.... ¡Ay! ¡Vírgen santa! y si se muere no tendré....

—No te aflijas por eso, dijo interrumpiéndola María ; gasta ese dinero.... gástalo todo, Manuela ; verás como aun sin él, si Dios quiere, encontramos á papá. Mira.... me enfado.... si no lo gastas.

—Yo te lo devolveré, hijita mia, en cuanto pueda.... yo te lo devolveré. Las dos se abrazaron y la tia Manuela salió en seguida del cuarto, dejando ya casi vestida á María.

Pocas horas despues el enfermo estaba desahuciado; pero conservaba todo su conocimiento.

Hallábase en aquel instante triste y solemne en que, apareciéndose la misma muerte,

notifica que la vida va á cesar, que va á dejarse el mundo para siempre.

Momento terrible para el incrédulo y para el impío, los cuales no pudiendo vencer al enemigo que los ataca, se desesperan en tan tremenda y porfiada lucha.

Momento sublime para el que, teniendo fé en su corazon, espera y ve llegar la hora del cumplimiento de las eternas promesas y busca piadoso en la misericordia de Dios, perdon para tantos pecados, gracia para tantas innumerables faltas, con las que ha manchado las blancas hojas del libro de su vida.

El tio Pedro, que creia en Dios y en todo lo que cree y confiesa su Santa Iglesia, que en Dios esperaba y á Dios amaba, llegado aquel supremo trance, se dispuso á morir como buen cristiano. Sabia que era pecador y deseaba recibir la absolucion de sus pecados. Sabia que su alma era inmortal y cui-

daba ante todo de su alma, anhelando que Dios, al juzgarla, viéndola contrita, la mirára con misericordia.

La familia del pastor, que le amaba tiernamente, se apresuró á que quedára cumplido su deseo. Pronto llegó el señor Cura y estuvo con él largo rato. Despues le preparó para recibir por la tarde la Sagrada Comunion.

Poco antes de la hora señalada para este importantísimo y solemne acto, María pudo lograr que la dejáran ver al enfermo. Corrió á la cama, y sin detenerse le dió un beso en la frente.

El tio Pedro hizo un esfuerzo extraordinario por sonreirse y hablar.... y al fin, con gran trabajo y congojosa voz:

—Hija mia.... dijo, me muero.... Dios le conceda á tu padre el placer que ahora acabas de darme. No te olvides de mi mujer y de mis hijos.... Adios....

María le dió otro beso, pronunció un adios entre suspiros y lágrimas y salió de la estancia.

Llegó la hora, á la cual la augusta ceremonia habia de verificarse, y poco despues entró el Párroco con el Santo Viático, acompañado de mucha gente con luces. María estuvo presenciándolo todo con gran devocion, y luego que se concluyó y cuando ya el señor Cura estaba de vuelta de la iglesia en la casa del enfermo, la llevaron á la del señor Cura, en donde habria de permanecer hasta que otra cosa se determinára.

No habia pasado mucho tiempo despues, cuando conociendo el tio Pedro que su fin se acercaba, llamó á su mujer y á sus hijos y se despidió tiernísimamente de estas caras prendas de su corazon.

Presenció conmovido el señor Cura esta última despedida y procuró calmar el acerbo dolor que á todos aquejaba.

El tio Pedro pidió al Párroco, y este dióle al instante la Extremauncion, y luego, desasiéndose de los vínculos que le unian al mundo, trató solamente de implorar perdon de Dios y ejercitarse en amorosos actos, confiando en su divina misericordia, en todo lo cual le ayudaba el buen Sacerdote lleno de uncion y caridad.

El señor Cura advirtió á la familia el peligro en que se hallaba el enfermo, conociendo que dentro de poco espiraria, cuyo juicio confirmó el cirujano, que á la sazon se hallaba allí, y el cual intentó en vano separar de la cabecera de la cama del paciente á la tia Manuela; la cual, traspasada de dolor, queria recibir de su marido la postrera mirada.

Cuando el señor Cura conoció que el pastor iba á espirar, principió á decir esas oraciones de despedida que nuestra amorosa madre la Iglesia tiene para las almas que se van.

El tio Pedro daba señales de percibirlas; pero sus ojos iban perdiendo su brillo, grandes surcos violados oscurecian sus mejillas y una palidez sombría cubria su rostro.

El sacerdote pronunciaba las palabras *Jesus*, *Jesus*, *Jesus*, *recíbate Dios Padre, recíbate Dios Hijo*, *recíbate Dios Espíritu Santo*.... y el enfermo estaba agonizando.

Poco despues el Sacerdote habia concluido; el tio Pedro habia espirado.

El Párroco dijo en seguida el responso encomendándolo á Dios, y fué luego á auxiliar á la viuda, la cual, sacada del cuarto donde acababa de morir su marido, agobiada con el dolor mas profundo, se lamentaba grandemente de su desgracia.

CAPITULO VII.

LA ENTREVISTA APROVECHADA.

Dias y años pasaron, despues de la muerte del pastor, sin que se supiera cosa alguna acerca de la familia de María. Esta, entretanto, fué creciendo y tambien fueron haciéndose hombres los hijos del tio Pedro.

Andrés, el hijo mayor, que era ya un mozo y mozo bien parecido, aunque de ojos pequeños, nariz aguileña y labios delgados; que vestia chaqueta y pantalon y que tenia sus resabios de presumido, habia ido al valle de la *Fuente de los Rosales* en una ma-

ñana de mayo, cuando el sol principiaba á calentar, y se habia sentado á la sombra debajo de un árbol, á disfrutar de aquel ambiente fresco y perfumado que ligero recorria el valle.

No mucho tiempo despues de que el jóven tomára asiento, apareció á poca distancia y por un camino estrecho que á aquel sitio conducia, otro hombre que traia un caballo del diestro.

Era el hombre recien llegado alto, grueso, lleno, como de cerca de cuarenta años, de semblante algo fiero, surcado de arrugas y con una cicatriz en la frente. Vestia una chaqueta de pana, faja, chaleco, bombachos, botas de cuero y sombrero calañés.

—Dios le guarde, dijo luego que vió al que estaba sentado.

—Bien venido, contestó este; ¿y adónde bueno, compañero?

—A la ciudad, replicó el de los bomba-

chos. Y queriendo continuar la conversacion con el preguntante, y pareciéndole aquel sitio á propósito para refrigerarse, ó teniendo en cuenta ambas cosas, lo cierto es que, despues de haber sacado de la alforja una fiambrera y una bota, se sentó allí mismo, tambien sobre la verde y mullida yerba.

Ofreció al otro de la vianda y de la bota, mas rehusando este lo primero, aceptó lo segundo, y devolviendo el cuero despues de haber bebido, dijo:

—Gracias: excelente vino.

—No es malo ¿he....? contestó el de los bombachos.... y despues de algun tiempo añadió mirando alrededor.... ¡cuánto he recorrido estos sitios!

—¿Si? pues no le he visto á V. por este valle, y eso que vengo á él todos los dias.

—No lo extraño, porque hace ya doce años que no paso por aquí.

—¡Caramba! ¿dónde ha andado V. todo ese tiempo?

—He estado fuera de España.

—Ya: ¡habrá V. visto muchas cosas!

—Muchas....

Quedóse por un momento callado el de los bombachos, y luego, haciendo una ligera indicacion con la cabeza, continuó:

—Diga V., ¿no habia en aquel teso una choza?

—Sí, señor, contestó el jóven, era de mi padre.

—¡Hola! dijo el otro un poco sorprendido.

Y luego, mirando atentamente á su interlocutor y aparentando cierta indiferencia, prosiguió:

—Me acuerdo que una de las veces que pasé por aquí hubo una tormenta; ¡qué truenos, cielo santo....! ¡qué llover....!

—Tambien me acuerdo de una buena....

y por cierto que sucedió una cosa muy particular.

—¿Qué....? dijo con interés el de los bombachos.

—Que á mi madre, que estaba en la choza de que V. se acuerda, se la presentó un hombre, dejó una niña, una bolsa y una cartera, y huyó despues....

El otro se inmutó; pero tomando la bota y bebiendo, hizo de modo que el jóven no se apercibiera de ello, diciéndole en seguida:

—Qué diablura, hombre.... ¿y qué hubo....? ¿qué fué lo que despues sucedió?

—¿Qué habia de suceder....? que todos quedamos pasmados. Pero lo mas gracioso fué que no sabíamos leer ninguno, ni mi padre, ni mi hermano, ni yo, y no pudimos descifrar lo que en la cartera se decia, hasta que el señor Cura, enterándose de lo que habia escrito, le descubrió el misterio á mi padre. Se supo entónces que era la tal ni-

ña hija de un Conde; pero nadie pudo dar noticia de él; de modo que nada se adelantó. A mi padre el pobre, cuando pensaba hacer mas diligencias para averiguar el paradero de ese buen señor, despues de haber ido á la ciudad y de haber preguntado á todos, y no haber descubierto cosa de provecho, le asaltó una enfermedad, de la cual murió. Despues de esta desgracia nada ha ocurrido que sea digno de contarse.

—¿Y la niña?

—La niña es María, la cual está con nosotros, dijo naturalmente el jóven.

—Pues ya estará hecha una moza, replicó el otro, porque la tempestad á que yo me refiero pasó ya hace años.

—Sí.... hace bastantes años. María ha variado mucho en todo ese tiempo.

—Lo creo. Y.... se acuerda ella de quien la dejó en la choza?

—Algo se acuerda.... sí, señor; pero

muy poco. Siempre dice que al principio, cuando se encontró en brazos de aquel bribon, lloró; pero que despues iba muy contenta con él.... que no la hacia daño.... y no sabe dar razon de mas.

El de los bombachos se hallaba sumamente conmovido y se levantó ligero, dirigiéndose al instante al caballo, el cual pacía cerca tranquilamente, y haciendo como que lo cinchaba mejor, despues de pasado un momento, dijo:

—Y por supuesto que esa jóven tendrá alguna señal particular por la que se conozca que ella fué á la que dejaron en la choza.

—¡Vaya si tiene!... sí, señor, contestó el mozo levantándose. Tiene una cruz con una cadena de oro, la cual dejó aquel hombre dentro de la bolsa antes mencionada. María dice que la cadena y la cruz eran de su madre, segun á ella le contó una tal Leocadia que creo era la que la cuidaba.

—Bueno.... bueno, contestó el de los

bombachos montando en el caballo. Mucho os agradezco, amigo, que hayais admitido un trago de lo mio. Os doy gracias por el rato de conversacion que me habeis dado. Decidme cómo os llamais; deseo saberlo por si acaso alguna otra vez nos encontramos por estos andurriales.

—Yo me llamo Antolin Andrés, ¿y V. cómo....?

—Hasta la vista, exclamó el del caballo, echándole á media rienda antes que tuviera tiempo Andrés de apercibirse de su retirada.

—Pero diga V., dijo gritando y corriendo este, díga V....: hasta que convencido de que el ginete no le hacia caso, se paró añadiendo:

—Vaya con el hombre... pues me ha dejado sin saber quién es.

—Volvió luego junto á la fuente, bebió de sus cristalinas aguas, y tomando el camino inmediato, se alejó de aquellos sitios.

CAPÍTULO VIII.

LA TIA MANUELA Y SUS HIJOS.

Dos horas despues de lo sucedido en el valle de la *Fuente de los Rosales*, en cierta casa del pueblo inmediato y en una habitacion regularmente amueblada, se hallaban dos personas, un jóven y una anciana. Esta estaba macilenta, y aquel vigor que en un tiempo la habia distinguido, habia sido vencido en la terrible lucha sostenida con las enfermedades y los años. Sin embargo, alguna vez todavía, como alzándose sobre sus enemigos, parecia que aun estaba lejano el ocaso de su vida.

El jóven por el contrario era robusto y agraciado, y la expresion de su semblante y el cariño y respeto con que trataba á su madre, revelaban al punto que era bueno.

—Apóyese V. en mi brazo, dijo á la anciana, la cual acababa de levantarse de la cama. Apóyese V. y verá V. que bien vá.

Apoyóse la vieja en el brazo del jóven, diciéndole:

— Antonio, hijo mio, ten paciencia..... ¡cuánto te molesto!... ¡y cuánto molesto á todos!... ¿Quién me hubiera dicho á mí que yo, tan ágil y tan robusta, habia de llegar á este estado de postracion?... ¡sin poder casi moverme!... Bendito sea Dios... y cúmplase su santa voluntad. Y... gracias á vosotros... sino fuera por vosotros... por esa buena María... ¿qué sería de mí?

—No piense V. en eso, madre, lo que importa es que V. esté lo mejor posible...

—¡Querido hijo mio!... ¿qué no piense

en ello?... cuando no cesais de trabajar en todo el dia para mí... para que yo esté mejor... para que tenga todo lo que pueda desear... Dios os bendiga, hijos mios, y en su santo reino lo halleis.

Madre é hijo siguieron paseando despacio; á poco tiempo entró Andrés, saludó á su madre, y los tres se pusieron á conversar acerca de las cosas de la familia.

Es la muerte de un padre una desgracia que tarde se repara. Como llave maestra de la máquina de la casa, tan pronto como se rompe, deja desniveladas las piezas que la componen, y no es extraordinario ver que rotas aquellas salten en pedazos.

Desgraciado el padre que no ha sabido unir con religiosos vínculos de amor á los miembros de su familia: que no ha podido lograr que en vida acendradamente le amen, y que ya muerto veneren su memoria. Cuando esto no suceda, la autoridad de

la viuda será menospreciada. ¡Y quiera el cielo que el profundo é ingenioso amor de madre, inspire un cariñoso respeto que haga fácilmente á cada cual cumplir con sus deberes!

Por fortuna, los hijos del tio Pedro amaban á su madre y respetaban la memoria de su padre; y la viuda tenia autoridad sobre ellos, pero no de la misma manera. Porque mientras, Antonio, miraba como bueno todo lo que su madre pensaba y decia, Andrés no se conformaba enteramente con los deseos y con los pensamientos de su madre.

Era el hijo mayor, Andrés, trabajador infatigable; pero no por amor al trabajo, á la ocupacion modesta y segura que habria de labrarle poco á poco su porvenir, sino porque tenia gran deseo de hacer, de emplear todos los medios que le condujeran á salir de la posicion en que habia nacido. No estaba contento con su suerte, y no dejaba

de pensar en otra mejor y en sí mismo con codicia. No era de mal corazon, ni de malos sentimientos, pero llegado el caso ni uno ni otros eran bastantes á contenerle, y contra su propio sentir obraba, cegado por aquella innoble pasion que iba llenando su pecho.

Casualmente cuando principiaba á ser hombre, llegó al pueblo un antiguo amigo suyo, mayor que él, que de pequeño, sentó plaza, y corriendo los años habia andado por el mundo con fortuna, y teniendo la conciencia un poco ancha, hizo en no largo tiempo capital bastante para presentarse en su pueblo como un señor.

Este ejemplo y el trato frecuente con el citado sugeto, acabaron de deslumbrar al inconsiderado mozo y hacerle soñar con un bienestar lejano que á su modo, se fraguaba, y que le hacia ver todo lo presente con cierto disgusto que él mismo no sabia esplicarse.

De aquí nacia su despego á la familia y la repugnancia que le causaban muchas veces las cosas de su madre, cuyos deseos no comprendia ó no queria satisfacer, y cuyos pensamientos, sino estaban en contradiccion con los suyos, por lo menos, los creía pequeños y de poco interés.

No era así, Antonio, el hijo menor de la viuda. Trabajaba siempre con ahinco, pero sin pensar en sí mismo. Deseaba la prosperidad de los que le rodeaban, y en particular la de su madre, de la cual le parecia todo bien, hasta sus achaques y sus genialidades; compadeciéndose que tuviera los primeros, y disculpando con amorosas escusas las segundas. Era el último en disfrutar y mandar, y el primero en padecer y en servir, y siempre se hallaba contento y satisfecho, y la suerte que Dios le habia deparado le parecia lo mejor del mundo.

Despues de la muerte del pastor, y mien-

tras que los dos hermanos se hacian hombres, pudiendo sostener la casa con su trabajo, la familia no estuvo sobrada y sirvió de mucho el dinero de María, del cual se tomó lo necesario para pagar los mas apremiantes gastos.

Luego que el tiempo fué pasando y calmándose el agudo dolor que en todos causó la muerte del jefe de la familia, se convino, de comun acuerdo, en vender el ganado, en deshacer la cabaña abandonando la vida de pastores, y en quedarse á vivir permanentemente en el pueblo.

Diéronse los dos jóvenes á vida nueva, y muy especialmente Antonio se dedicó á la labranza. Andrés á todo hacia, y metióse tambien en ciertos tratos y tráficos que, eran al caso, para satisfacer sus aficiones.

Su madre no se descudió en que aprendieran lo posible, y por consejo del señor Cura se aplicaron á la lectura y escritura,

aprendiendo algo de cuentas, de todo lo cual, aquel los examinaba corrigiéndoles bondadosamente cuando no iban por camino seguro.

A vuelta de pocos años, en los cuales todos trabajaron bien, llegóse á tan buen estado que se pagaron las deudas y la casa se entonó, durando esta prosperidad por algun tiempo.

Pero luego, Andrés, quiso seguir sus propias inspiraciones y se empeñó en desoir sanos consejos, y á esta conducta se hallaba enteramente entregado, al tiempo de acontecer el suceso, narrado en el capítulo anterior.

CAPITULO IX.

MARÍA.

No distante de la casa de la tia Manuela, se hallaba la plaza del pueblo, en donde habia una fuente que surtia de agua al vecindario, y á la cual iban las mozas á llenar los cántaros.

El discreto lector, puede imaginar lo importante de lo que en aquel lugar se decia.

¡Qué conversaciones tan curiosas y variadas habria junto á la fuente!

¡Cuántos delicados secretos se ocultarian en el fondo de sus aguas!

¡Qué animacion reinaria, á veces, en aquellos juveniles corros!

¡Cuántas otras, las penas causadas por una esperanza perdida, ó por un amor infortunado, harian verter lágrimas que se perderian entre las linfas cristalinas!

A la sazon esperaban tres jóvenes para coger agua. Ibanse llenando sus cántaros uno en pos de otro, y entretanto sus dueñas estaban conversando.

Parecian muy amigas, ya por el cariño, ya por la franqueza con que se hablaban; pero cualquier observador hubiera fácilmente conocido, que dos de ellas miraban con cierto respeto á la tercera.

—Por mas que lo asegures, Benita, no te creo... Dijo una de las respetuosas á la otra: Ten presente lo que acaba de decir María... jamás se debe mentir.

—No miento, Josefa, contestó aquella á quien se dirigian estas palabras. Si lo niego

es porque definitivamente nada está resuelto. Y os diré en confianza, el por qué no ha podido arreglarse. Joaquin va á entrar en quinta, y si de ella no sale libre, no nos podemos casar.

—¿Cuándo es la quinta, Benita?... preguntó la tercera con cierto interés.

—Ya muy pronto, María, segun ha dicho mi padre.

En seguida las tres se despidieron. María al coger el cántaro dió un suspiro que no percibieron las otras. El grupo se dispersó marchando cada cual en direccion á su casa.

María, como Andrés dijo al hombre de los bombachos, habia variado mucho.

Era alta, de gracioso talle y de modesto andar. De hermoso rostro, aunque ligeramente moreno. Con ojos negros rasgados, cuyo blanco azulado, como el de los niños, manifestaba la pureza de su alma; sus párpados poblados de largas pestañas caian

suavemente, como queriendo guardar la belleza de su mirada. En su boca aparecia ordinariamente la sonrisa; alguna vez se tornaba su semblante severo, y entónces parecia estar dominada por un pensamiento profundo que embargára su mente.

Vestía un corpiño negro que ocultaba su casto y palpitante seno, y una falda encarnada, con adornos negros tambien, caia graciosamente dejando ver los suaves contornos de su pié. A la cabeza llevaba una especie de toca, que apenas tapaba su cabello abundante, negro y sedoso, el cual tenia recogido hácia atrás.

La guapita niña, segun la expresion de Antonio cuando la vió por primera vez, que dejó el desconocido en la choza, se habia cambiado en una hermosa y modesta jóven.

Si físicamente hubo, como natural era, esta gran trasformacion, no es menos natu-

ral que, María, moralmente hubiese variado tambien bastante.

Cuando el tio Pedro murió, hallábase la hija del Conde de la Encina en la casa del señor Cura, y allí estuvo por algun tiempo, hasta que, suplicó al buen Párroco, que la llevára al lado de la viuda, porque queria estar con ella para consolarla.

El señor Cura accedió á demanda tan meritoria y María se fué con la tia Manuela, en cuya casa, continuó el Párroco la educacion que en su propia casa habia principiado; confirmándola y fortaleciéndola en las sanas doctrinas, en las que, á falta de su madre, la habia educado la buena Leocadia.

La discípula adelantó mucho y para su bien, tocaba en la piedra de la experiencia, la verdad de las máximas del señor Cura, en la casa de la viuda, en donde moraron, por mucho tiempo, la afliccion y las penas.

Por otra parte, recordando los primeros

años de su infancia, en los que lo mejor al parecer del mundo, como riquezas, lujo, boato... poder... la habia sonreido; y considerando que aquello lo habia tenido sin saber por qué, que habia desaparecido totalmente y que estaba casi perdida la esperanza de volver á aquel estado, reconocia la pequeñez de las cosas humanas y se entregaba solo á Dios, supremo dueño de todo, con absoluta confianza, y á la Santísima Vírgen, con la cual, desde que pudo caber en su mente este pensamiento, tuvo muy singular devocion.

Fué creciendo, María, bajo la influencia de estas piadosas ideas, y en su *corazon puro como un tabernáculo de oro, ofrecia á Dios un amor perfumado de pudor, de gracia y de castidad.* La religion, tan encarnada en su alma, la hacia tener un espíritu constante de sacrificio, y olvidándose de sí misma, se daba toda á los demas. Nadie

asistia con mas cuidado á la pobre tia Manuela desde que la enfermedad la acometió y se hallaba impedida, nadie tenia tanta dulzura para consolarla, nadie sufria con mas gusto sus impertinencias, nadie tornaba tan pronto su mal humor y su pena en plácida calma.

Desde que la viuda quedó imposibilitada, María echó sobre sí el peso de la casa, y con incesante afan cuidaba de todo, asistiendo ademas á la pobre enferma como á su madre. Nada faltaba en su gobierno, y los dos varones encontraban en ella el cuidado que de ellos tenia la viuda.

Tal era su porte, que admiraban á porfia todos los vecinos sus virtudes, y en el pueblo era miraba con respeto y con mas consideracion todavía por aquellos, que eran muchos, que sabian su rara historia.

Alguna vez pensaba María en ella, y se avivaba la esperanza de encontrar algun dia

á aquel tierno padre, de quien conservaba tan cariñosos recuerdos; ya que su memoria no la recordaba el placer sentido por los besos de su madre.

Pero considerando que tanto tiempo habia pasado sin que hubiera noticia alguna de valer de su familia, concluia por alejar de sí aquellos pensamientos que la causaban pena, la entristecian y que no era fácil que tuvieran realizacion, y se entregaba con mas ahinco á sus labores y á los afanes de aquella vida, de la cual, su imaginacion por un instante la habia sacado.

CAPITULO X.

LOS AMORES RESERVADOS.

Tiene el privilegio la virtud de ser admirada de todos. Y aunque alguna vez la maldad empañe por algun tiempo su brillo, llega al fin un dia en que vencedora y pujante es acatada y venerada.

Las virtudes de María que eran públicas y notorias en el pueblo, y causaban admiracion á los agenos, ¿cómo es posible que hubiesen de haber pasado desapercibidas á los propios?..... No podia ser; y los que continuamente la estaban tratando, viendo su abne-

gacion, sintiendo su bondad, conociendo su talento y contemplando su hermosura, precisamente habian de quedar cautivados con tales dotes.

En efecto, á los dos hijos de la viuda cautivaba María, ambos pensaban en ella con intenciones para lo futuro, pero de muy distinta manera.

Antonio generoso y franco, lleno de bondad, amantísimo y cuidadoso de su madre, de sentimientos nobles y en todo sobresaliente comprendia la abnegacion, la virtud y el valor de las cualidades de María.

Sin darse cuenta de ello Antonio amaba á María desde que la vió. Entónces, y por algunos años con aquel cariño infantil, dulce y apacible que manifestaba en sus inocentes juegos; despues tan pronto como fué posible que sintiera en su pecho el amor, con pasion vehemente; pero pasion purísima, elevada y generosa, como la persona que la

inspiraba y como él era capaz de sentirla.

Al mismo tiempo que nacia en su corazon este sentimiento desconocido, notaba en sí mismo cierto temor á María, que no se esplicaba él, viendo que esta le trataba con la franqueza de hermanos, si bien es cierto que habia desaparecido aquella sencillez encantadora de los primeros años, pero que era un temor muy natural que nace siempre con el primer amor, y que vela siempre los mas recónditos y delicados sentimientos.

En Antonio llegó á ser tal su respeto y veneracion á María, que creia imposible que llegara una ocasion, en la cual, él tuviese el valor suficiente para manifestarla su amor. Y sin embargo, la idea de unirse á ella, el pensamiento de que algun dia pudiera ser su esposa, le hacia feliz.

Algunas veces se imaginaba que fácilmente podria suceder esto, porque María habria de necesitar mas adelante, quien la

defendiera en el mundo y querria tener una familia propia, cuando la suya, de la cual formaba parte, se hubiese completamente deshecho, lo cual tarde ó temprano llegaria á verificarse, y él no sabia que tuviera inclinacion particular á ninguna otra persona de fuera de ella.

Otras veces, cuando le parecia estar mas decidido á descubrirla su estado, le asaltaba el recuerdo de que María era hija de un Conde y que, se ofenderia de seguro, si llegára á manifestarla sus deseos de casamiento.

Figurábasele entónces que de un momento á otro María iba á recobrar su antiguo esplendor y que seria una locura pretender lo que jamás habria de conseguir.

En estas dudas y vacilaciones pasábase el tiempo, y aun cuando cada dia admiraba mas sus virtudes y la adoraba con toda su alma, permanecia mudo y estaba muy so-

bre sí para que nadie se apercibiera de lo que por él pasaba.

Andrés no era capaz de sentir como su hermano, una pasion tan pura y desinteresada. Y así es que, atendiendo á sí propio, le acomodaba María; porque era una jóven hermosa, buena, dócil, que miraria por la casa y cumpliria siempre con los deberes de mujer casada.

Andrés tenia presente su rara historia y no se olvidaba de su elevado nacimiento y de las riquezas que habia oido decir que tenia aquel señor Conde, de quien era hija.

Muchas veces se preguntaba por qué aquel enredo no se habia de descubrir al fin. Y se imaginaba que cambiando los tiempos, por circunstancias que no era posible calcular, se podrian fácilmente reclamar los derechos y siendo ya su mujer, llegaria él á ser Conde, poderoso señor y de gran importancia en el mundo.

Pero entretanto que, ocasion oportuna llegaba para decir lo que queria, se habia encerrado en una prudente reserva.

En María pensaban, pues, los dos hermanos, pero de tan distinta manera que, solo convenian en haber encubierto sus deseos, de modo que, ostensiblemente nada se notaba, y por consecuencia nadie podia demostrar que abrigaban tales pensamientos.

CAPITULO XI.

LA MUJER VIRTUOSA.

Ocúltase generalmente en el sensibilísimo corazon de la mujer, un sentimiento delicado, blando, flexible, fácil á cualquiera extraña impresion. Este sentimiento bello, apacible, purísimo, que la hace esparcir un perfume de amor sobre todo lo que la rodea, es la ternura. Rico tesoro de benevolencia que pronto se convierte en cariño; rico tesoro de candor que siempre da pureza á este cariño.

Cuando el riquísimo tesoro de benevolencia

y de candor, cuando el sentimiento de ternura está santificado por la religion, cuando la virtud y la piedad anidan tranquilamente en el pecho de la mujer, ella viene á ser entónces *lo que el sol al nacer en las alturas de Dios es para el mundo*, magnífico sol de luz purísima, cuyos rayos de hermosura llevan la ventura y la alegría á todas partes.

Vé aquí por qué, María, hacia grata la vida, en medio de todas sus aflicciones, á la viuda del pastor; por esto habia tan dulce paz en aquella casa, á pesar de que, los pensamientos y los sentimientos de todos no eran los mismos, por esto, como antes se ha manifestado, María era admirada y querida en el pueblo.

Ella en su infancia habia tratado á los dos hermanos igualmente, porque con ambos jugaba y su ternura era lo mismo para el uno que para el otro, los cuales, durante

aquella infantil edad, se habian mostrado siempre cariñosos.

Mas adelante, cuando los juegos cesaron, y á la inocente risa sucedió la seriedad y la reserva, cuando dejó de ser niña, cierta secreta simpatía la llevaba á ver de mejor modo todo lo que hacia Antonio, sin que ella pudiera darse cuenta de por qué esto sucedia. Despues cuando algunas veces, buscando su destino contemplaba el porvenir, y su imaginacion forjaba un estado de felicidad en la tierra *teniendo un esposo amado en Jesucristo, y para siempre pensando en un matrimonio que la Iglesia y Dios hubieran bendecido*, unos hijos amorosos que buscasen su mirada, que se sonrieran al verla; entónces habia pensado en que este esposo podria ser Antonio.

La religiosidad de este, el amor á su madre y á toda la familia, su deseo de trabajar, su afan por la prosperidad de todos y aquel

sentimiento desconocido que la inclinaba hácia él, eran todas causas que la habian movido á hacer semejante eleccion.

Pero este pensamiento que habia ocurrido á su mente, este sentimiento de su corazon puro, habia permanecido guardado en su pecho, apenas ella se lo habia revelado á sí propia; era como un dulce presentimiento para lo futuro, como un dulce ensueño que la halagaba en este suelo de desdichas.

Y cosa particular, desde que principió á susurrarse en el pueblo que iba á haber una quinta, estaba inquieta, porque sabia que Antonio entraba en ella.

No cesaba de pensar en esto; temia no volverle á ver, y á hurtadillas sus ojos contemplaban la bella y varonil fisonomía del jóven.

María hubiera deseado tener cerca al señor Cura, para manifestarle lo que por ella pasaba y descubrirle su pecho. Pero el se-

ñor Cura hacia un año que se habia marchado del pueblo. Su virtud y su saber habian sido premiados y se hallaba de Canónigo en una Catedral.

María, despues de meditar mucho sobre este asunto, se propuso escribir á su antiguo Párroco, aunque hacia tiempo que no tenia noticia suya, pidiéndole consejos y consuelos ya para en el caso de que sucediese la desgracia que temia, ya para en el caso afortunado de que no aconteciera.

CAPÍTULO XII.

LA ROSA BLANCA.

Pocos dias despues de haber tomado aquella resolucion, se hallaban sentadas en el portal de su casa la tia Manuela y María. Hacia labor esta y miraba de cuando en cuando á la vieja, la cual muy triste y suspirando,

—¡Qué zozobra, hija mia, dijo; cuando volverá Andrés!

—No te apures, Manuela, contestó María; qué sabemos.... acaso tendrá suerte.... y quedará libre.... yo así lo espero...

Y las lágrimas que inundaron sus ojos desmintieron lo que acababa de decir. En seguida levantóse, asomóse al porton y un momento despues dijo con ansiedad.

—Ya viene.... ya viene Andrés.

Este llegaba en efecto. Entró y permaneció mudo hasta que su madre exclamó:

—¿Pues cómo ha salido mi hijo? dí.... sea lo que Dios quiera.... ¿qué ha sucedido?

—¡Qué ha sucedido! contestó Andrés deteniéndose por un momento.... que.... que ha salido mal.... probablemente será soldado.... aunque ahora no lo es.... todavía quién sabe.

—¿Cómo es eso? le interrumpió María con impaciencia.

—Muy sencillo, continuó Andrés. El hijo de la vecina es el que va delante.... ya ves que todos sabemos que es cojo.

Pasó un instante de solemne silencio y á muy poco llegó Antonio pálido y triste.

Acercóse á su madre, la abrazó y ambos permanecieron llorando juntos. María tambien lloraba.

—Cómo ha de ser María, dijo Antonio separándose de su madre y dirigiendo á aquella una mirada cariñosa. El Señor así lo quiere.... cúmplase su divina voluntad.

En seguida se alejó de aquel sitio, no pudiendo soportar mas su dolor.

Aquel contratiempo venia á desbaratar todos sus proyectos. Sus sueños de felicidad, casándose con María, teniendo una mujer virtuosa y amada, una familia que, educada en la religion, en la virtud y en el amor al trabajo, fuese su consuelo y su alegría, y mas adelante el apoyo de su vejez.

Se separaba de María, jamás volveria á ver á su madre, á quien dejaba con el corazon lleno de angustia; abandonaba los sitios que le habian visto nacer y las brisas que le habian mecido en su infancia; los ár-

boles que como él habian crecido; los animales que cariñosos á su voz conocida obedecian; las flores que sabian su amor; las fuentes y los arroyos que respondian á sus suspiros y muy particularmente la *Fuente de los Rosales*, sentado junto á la cual, mirando brotar sus purísimas aguas, habia dejado correr su imaginacion por esos campos magníficos de hermosura que crean el deseo, la juventud y la enamorada fantasía.

Era preciso renunciar á todo esto, y á todo renunció Antonio, haciendo un gran sacrificio; confiando en que Dios se lo tendria en cuenta, y que si por aquel nuevo camino le llevaba, no era otra cosa lo que le convenia.

Pasaron mas de quince dias, en los cuales se hicieron todas las posibles diligencias para librarle de la suerte de soldado; pero nada se alcanzó favorable y quedó declarado como tal definitivamente.

¡Cuántas veces volvieron á renovarse tiernísimas escenas en el seno de la familia!

Antonio sufria mucho, y el desconsuelo de la tia Manuela y las lágrimas de María hacian mas terrible el dolor que al pobre mozo aquejaba.

Ya se fijó el dia de la partida. Ya se determinó cuándo él y los demás compañeros habian de dejar el pueblo y se habian de separar de los objetos mas queridos de su corazon.

Llegado aquel dia tremendo, María se levantó muy de madrugada, y tan pronto como estuvo abierta la puerta de la iglesia del pueblo, entró en ella y postróse reverentemente ante la Divina Imágen de Nuestra Señora del Rosario, y oró con fervor por largo rato, concluyendo sus plegarias de este modo:

« Madre mia, madre adorada, tú que ves » la pureza de mi corazon, pero al mismo

» tiempo este sentimiento que agita mi alma,
» este extraño dolor que me causa su ausen-
» cia; tú, que ves todo esto, madre mia;
» tú, que me has atendido cuidadosamente
» desde mi infancia, ten misericordia de mí,
» Señora. Ampárale á él, que va á separarse
» de nosotros; ampárale, que va á marchar
» por un mundo desconocido; líbrale de pe-
» cado y de todo mal....»

Quedóse por un momento como extasiada y despues levantóse ligera, pero con todo el respeto debido al lugar donde se hallaba; salió de la iglesia y volvió á casa.

En tanto el pueblo todo se habia puesto en movimiento, y en la plaza, ya para marchar, se reunian los quintos.

Antonio, antes de que su madre se levantára, llegó muy despacio adonde estaba y la contempló desde la puerta. Se conocia que la anciana habia estado llorando toda la noche, pues las lágrimas todavía humedecian

sus mejillas. El dolor y la fatiga tanto la habian mortificado, que en aquel momento parecia estar dormida.

Antonio llegóse á ella de puntillas, la dió un beso; miróla con indecible ternura por un instante y salió muy de prisa, cuando la anciana, removiéndose en el lecho, decia como aquejada por el solo pensamiento que la embargaba:

«Para siempre.... hijo mio..., para siempre.»

Antonio se reunió á su hermano Andrés, y ambos fueron á la plaza.

Cuando llegaron, mucha gente de la que antes estaba habia desaparecido; pero se la veia no distante que iba por un camino que salia del pueblo.

Los mozos y el delegado de la autoridad siguieron el mismo camino acompañados de algunas mujeres.

Todos iban al propio sitio. Unos para se-

guir adelante, otros y los mas para despedir á los que se marchaban. Todos se dirigian al valle de la *Fuente de los Rosales*, que estaba junto al camino. Allí los quintos llegaron; algunos alegres porque verian mundo y soñaban con hacer pronto carrera; tristes otros porque sentian dejar el pueblo y á sus prendas mas queridas.

Allí estaban los hermanos y las hermanas y alguna madre que habia tenido el valor de seguir á su hijo.

Allí estaban los padres para incorporarse á la comitiva y no abandonarla hasta que se deshiciera, porque sus hijos fuesen destinados á los regimientos.

Allí estaban las mozas; algunas viudas sin manto, como Benita. Y otras acudian á dar el último adios á los amantes de su corazon. Entre estas se hallaba María.

Hubo un momento en que cada cual solo se ocupó de la persona á quien iba á despe-

dir, y en este momento de confusion, María se acercó á un rosal, cuyas flores aromatizaban las aguas de la fuente y cortó una rosa blanca.

Aguardó á que Antonio se despidiera de los demas, y cuando se llegó á ella con los ojos preñados de lágrimas, y alargándola la mano, la dijo:

—Adios.... María.... con un acento de dolor indescriptible, ella le contestó:

—Toma, Antonio, este escapulario de la Santísima Vírgen. Encomiéndate á ella y de tí tendrá misericordia. Coge tambien esta rosa.... y cuando la mires, acuérdate de mí.

Antonio besó el escapulario y lo guardó, luego cogió la rosa diciendo:

—Gracias.... María. Jamás te olvidaré... porque no puedo.... y ten por cierto que á tu lado seria feliz toda mi vida.

Cambiaron una amorosa y elocuente mirada y se separaron.

A pocos momentos la mayor parte de los acompañantes, llorosos y suspirando, seguian con la vista á la cuadrilla de jóvenes que por el camino avanzaba. Despues todos se encaminaron al pueblo, al que llegaron pronto.

María ayudó á vestir á la tia Manuela, la cual, con honda pena, escuchó el relato de la despedida de los quintos.

CAPÍTULO XIII.

UNA CARTA NO ESPERADA.

No había pasado mucho tiempo desde que Andrés regresó á la ciudad, dejando á su hermano ya incorporado al ejército, cuando un dia, estando preparándose para ir al trabajo, le mostraron una carta que, dirigida á él, habia traido el correo.

Sorprendióle la misiva, pues no presumia de quién pudiera ser, desconociendo la letra del sobre, y lleno de curiosidad la abrió, encontrándose con que, en cierta ciudad fechada, decia lo siguiente:

« Amigo Andrés: mas de dos meses hace » que V. me dió las noticias que yo deseaba » para satisfacer una gran deuda que pesaba » sobre mi conciencia. No pasarán muchos » dias, despues que V. reciba esta, sin que » se presenten en ese pueblo á buscar á Ma- » ría, la hija del Conde de la Encina. Pre- » párela V. para esta sorpresa, y se lo agra- » decerá S. S. S.

» *El desconocido de la Fuente* » *de los Rosales.*»

—¡Caramba....! ¡este es el de los bombachos....! ¡el que me dejó con la palabra en la boca....! exclamó Andrés al instante. Por eso me hacia tantas preguntas.... ¡Tonto de mí que no conocí su interés!

Y en seguida fué corriendo adonde estaban su madre y María, y entró dando voces.... diciendo:

Te vienen á buscar.... te vienen á bus-

car.... muy pronto estarán aquí.... Mira lo que me dicen en esta carta.

Asustáronse las dos mujeres al oir aquellas voces y al ver á Andrés tan fuera de sí; y el susto no las dejaba comprender lo que era. Mas luego que este leyó la carta y contó lo que le habia sucedido con aquel hombre, con quien habló en el valle, se regocijaron en extremo, pensando que podia ser cierto todo, aun cuando habia un misterio en lo que sucedia que no podian aclarar.

Luego que volvieron á quedar solas, aquella nueva tan inesperada entónces, hizo que por largo rato las dos guardaran silencio que era causado por la multitud de ideas que á la mente de ambas trajo tan maravillosa noticia. Silencio que interrumpió al fin la tia Manuela, diciendo:

—¡Dios quiera que sea verdad lo que parece que va á suceder, María.

—Dios lo quiera, contestó esta.... ¡cuánto deseo ver á mi padre querido....! Pero no confio.... añadió moviendo negativamente la cabeza.... no debo confiar mientras no haya otros datos. Mi alegría seria imprudente si desde luego me entregara á ella. ¿No puede ser esto una burla de ese hombre que estuvo con Andrés? Esperemos.... esperemos.... no nos regocijemos tan pronto... Desconfiemos, Manuela, hasta tener pruebas formales que lo confirmen.

—Tienes razon en lo que dices, que seria muy cruel sufrir un desengaño.... ¿Pero por qué no ha de haber esperanza....? ¿Por qué no ha de poder ser cierto lo que la carta indica...? Pues qué ¿tu familia habrá cesado un momento de averiguar tu paradero....? No lo creas. Ella habrá estado siempre pendiente de este deseo.... y ahora, por fin, creo que va á realizarle.

—Manuela, tú quieres animarme... por-

que eres muy buena. Pero bien conoces que si eso que dices pudo suceder en los primeros años, cuando mi pérdida era reciente, ahora ya es difícil que suceda. Todos los de mi familia, yo lo aseguro, darian los pasos posibles.... mi padre me buscaria por todas partes.... pero despues de no haberme encontrado.... despues de no haber descubierto nada... me habrán tenido por muerta... Mi padre me habrá llorado.... y quien sabe si la idea de mi muerte le habrá hecho morir á él tambien.... quien sabe si vivirá. ¡Han pasado tantos años.....! Mira tú desde entónces cuantas cosas han sucedido.....! ¡Acuérdate del dia en que me dejaron en la choza!

—Es verdad.... todo eso es cierto, hija mia. Muchas cosas han sucedido desde entónces... ¡y bien dolorosas y tristes! Pero por lo mismo debemos esperar algun suceso feliz.... Para que se realice lo que ahora

creemos, convéncete de que no hay fuertes razones en contrario. En fin, de todos modos, la carta es satisfactoria y debemos alegrarnos.... veremos si se verifica lo que en ella se dice. Si no sucediera en el plazo que fija.... tiempo hay para entristecernos.... en tanto aguardemos con alguna esperanza.

No pensaba Andrés con tanta prudencia. Y la noticia halagó grandemente sus deseos y excitó de un modo muy vivo su imaginacion. Ya se figuraba que dentro de muy poco dejaria el pueblo, yéndose con María y asegurando para siempre su fortuna. Aquella noche tardó bastante en dormirse, pensando en muy estrañas y diversas cosas. Y despues de dormido veia, tocaba y gozaba con gran multitud de lacayos de libreas de mil colores, con trenes soberbios, arrogantes caballos, con preciosos palacios de mármol y oro, con lujosas habitaciones de esquisitos mue-

bles.... con boato.... riquezas.... magnificencia.... Soñaba que él era dueño de todo y que le acataban y veneraban turbas de criados.... siendo entre los señores uno de los mas opulentos y poderosos del mundo.

CAPITULO XIV.

LA DEUDA SATISFECHA.

Tres dias pasaron de profunda ansiedad sin que nadie apareciese. Podia ya principiarse á dudar del cumplimiento de la promesa de la carta; pero al anochecer del tercero dos hombres se presentaron en el pueblo preguntando por Andrés Antolin. Iba el uno de ellos perfectamente ataviado y contaria mas de cincuenta años. El otro, decentemente vestido y parecia lacayo del primero. Montaban ambos buenos caballos y el

estado de estos manifestaba que el viage se hacia con precipitacion.

Desde la plaza del pueblo dirigieron á los recienvenidos á la casa de la tia Manuela y aquí se apearon.

No estaba en la casa Andrés y María salió al oir el ruido de los que á la puerta llamaban. Estos entraron y quedaron sorprendidos al verla, especialmente el lacayo, el cual, hincándose de rodillas delante de María y notablemente demudado, exclamó:

—¡Perdon...! Señorita.... ¡Perdon...! Yo fuí el que os arrebató de la casa de vuestro padre. Aquella estraña conmocion que sentí al llevaros en mis brazos y al contemplaros á la luz de los relámpagos, cuando rugia la tormenta, y que me hizo desistir de mi criminal intento y me obligó á dejaros y á huir es la misma que siento ahora, la misma que me dice que vos sois la hija adorada del señor Conde de la Encina. Perdonadme, seño-

rita, perdonadme: pues aunque tarde, sí, y habiendo causado por esta tardanza, que no he podido evitar, muchos males, he llegado al fin á reparar mi falta y á devolveros á vuestra familia. Sacad una cruz y una cadena que eran de vuestra madre, para que todos se convenzan de lo que digo.

María, llorando y profundamente conmovida, levantó cariñosa al que delante de sí, puesto de hinojos estaba; y preguntó á este y al otro, que mudo presenciaba esta escena, por el señor Conde su padre.

Ambos se miraron y guardaron silencio, y María, interpretándole fielmente, exclamó llena de angustia:

—¡Padre mio...! Padre adorado... ya no vives.... ese terrible silencio me lo dice. ¡Infeliz padre mio...! la ausencia de tu hija te ha muerto.... ¡Y yo vivo...! ¿Para qué, Dios mio, permitís que viva sin mi padre.... sin mi padre querido...? ¡Pero quiero oir la ver-

dad de vuestros labios! Vosotros que con tanto afan venis á buscarme, decid, ¿qué ha sido de mi padre?

María, con apenado semblante, pero anhelosa por saber ciertamente la funesta noticia que se presumia, miraba con ojos fijos y penetrantes á aquellos dos hombres, los cuales, confundidos por las palabras y actitud de María, dudaban qué era lo que habian de hacer. Pasado un momento, María, dirigiéndose al mas anciano de aquellos, grandemente exaltada, le dijo:

—Contéstame.... dí qué ha sido de mi padre.... quiero saberlo.

—Señora Condesa, contestó tristemente el caballero.... vuestro padre murió hace cinco años.

Excitada la sensibilidad de María de tantos y tan diversos modos, y luchando con tan contrarios afectos, no pudo resistir mas y se desmayó, cayendo en el suelo sin sentido.

Los forasteros acudieron en su ayuda, pidiendo al mismo tiempo socorro.

La tia Manuela, haciendo un grandísimo esfuerzo y admirada de aquellas voces extrañas, pudo llegar adonde los tres estaban poco despues; y enterándose del caso, dispuso que llevasen á María á la cama, y dió voces llamando á la vecina, la cual vino al instante y buscando lo que necesario era, pusiéronse ambas á auxiliar á la enferma.

Con las voces dadas á la vecina y con las que anteriormente dieron los forasteros, la gente principió á alarmarse y acudieron con presteza á la casa varias personas, y enterándose de lo extraordinario del suceso, pronto se extendió por el pueblo la nueva de la llegada de los dos hombres y del reconocimiento de María, y á cerciorarse de tales acontecimientos se apresuraron á ir muchos, los cuales comentaban aquellos despues á su manera.

Andrés, por uno de estos que acababan de estar en su casa, supo lo que en ella sucedia y á todo correr se dirigió allá, encontrándola repleta de tal modo, que eran tantos los que entraban y salian que no le dejaban llegar adonde deseaba.

Grande fué su pesar por no haber estado allí á la llegada de los indagadores. Y sentia en el alma no haberlo presenciado todo y no haber podido darles las razones conducentes á sus deseos, una vez que por él antes que por nadie habian preguntado.

María, al fin, volvió de su desmayo y despues de encomendarse á la Vírgen muy de veras, rogó á la tia Manuela, que se hallaba de rodillas junto á la cabecera de su cama, que cogiera la cruz y la cadena y mostrára aquellas alhajas al caballero y que dijera que la dejasen descansar, pues se sentia muy fatigada.

La tia Manuela hizo lo que María la or-

denó, entregando al caballero aquellas prendas y suplicando á todos que no entráran á ver á María, pues queria estar sola por entónces.

El caballero examinó detenidamente aquellas antiguas preseas que demostraban la filiacion de María, y manifestó que eran las mismas que él habia visto usar á la señora Condesa.

Con este motivo hablaron los presentes de la original historia de su hija, y con unos y otros dichos y observaciones, la tia Manuela reconoció en el lacayo al hombre que dejó á María en la choza, y Andrés al mismo de los bombachos que le habló en el valle de la *Fuente de los Rosales*.

A la mañana siguiente María estaba completamente buena. Se levantó muy temprano y, sin que nadie la viera, salió de casa y se fué á la iglesia. Allí estuvo largo rato rogando por su querido padre, pidiendo muy

encarecidamente á Dios y á la Vírgen Santísima auxilios para permanecer en su nuevo estado, sin que el orgullo ni el amor á las riquezas, ni nada de cuanto pudiera seducirla, la apartára de la verdadera senda de la virtud. Rogó en seguida por Antonio é hizo firme propósito de libertarle del servicio y devolverle pronto, si era posible, á su madre.

Cuando volvió á casa María estábanla buscando, pues habian venido otros dos hombres, los cuales decian que iban á llegar tambien inmediatamente los coches.

A poco tiempo tres se pararon, en efecto, delante de la puerta.

Venia en el primero una señora como de sesenta años, bien conservada, y aunque no elegantemente, con lujo vestida.

En el segundo se veian tres jóvenes que parecian doncellas ó asistentas de la señora del primer coche.

Y en el tercero dos criados y varios baules y cajones.

Apeáronse todos, señora, doncellas y criados, y el caballero que habia llegado la tarde anterior, acercándose á la de sesenta años, dijo:

—No nos hemos equivocado; ella es, doña Leocadia, y ya sabe que murió el señor.

Entró esta apresuradamente al oir estas palabras, y María, que ya estaba advertida, salió á su encuentro abrazándose de ella y reconociéndola como su antigua aya. La señora quedó sorprendida de la gentileza de María y tornó otra vez á abrazarla, diciendo:

—Si el señor Conde te hubiera conocido así, hija mia.... Despues añadió: perdóname si no te he dado tratamiento.

María la volvió á estrechar contra su seno, prorumpiendo en sollozos por la pérdida de su padre. Doña Leocadia trató de consolarla y ambas se retiraron al cuarto de María,

donde hablaron mucho y de muchas cosas, todas á cual mas interesantes, como era natural que sucediese en tan crítica situacion.

El mayordomo, que era el caballero que primero llegó con el lacayo, por órden de María dispuso el viaje para el dia siguiente.

María persuadió á la tia Manuela á que se fuese con ella. Mostraba la vieja repugnancia, dándola á entender que queria morir donde habia nacido; pero al fin cedió á las instancias de aquella y á la indicacion de que pronto volveria á ver á su hijo Antonio.

Andrés estaba lleno de gozo. Y lo estaba tanto mas, cuanto que María habia hecho mil elogios de él y le habia dicho que no pensára en otra cosa sino en vivir á su lado.

Aquella tarde se despidió María de todos y muy particularmente de sus íntimas amigas Benita y Josefa.

Y á la mañana siguiente salió la comitiva del pueblo, acompañada del vecindario que cariñoso saludaba con entusiasmo á la que por tanto tiempo habia admirado por sus virtudes.

CAPITULO XV.

COSAS QUE DEBEN NARRARSE.

Sucedió.... (y perdone el benévolo lector si ahora se relatan hechos de fecha atrasada) que en el dia mismo que fué robada María de la casa de su padre el señor Conde de la Encina, la criada, cómplice del delito, huyó temerosa del castigo á que sin duda se consideraba acreedora.

Nadie se fijó al pronto en su desaparicion, ocupados como se hallaban todos buscando por una y otra parte á la niña perdida, y no

sospechando que aquella infiel mujer hubiese podido faltar de tal modo.

No sorprenderá tanto la conducta de esta criminal si se manifiesta que por entónces habia una infame gavilla que, compuesta de personas de ambos sexos y acomodándose para sus fines á las distintas consideraciones sociales, traficaba con la fortuna de los padres, amenazando de muerte á los hijos.

La hija del señor Conde de la Encina ofrecia, obrando con cautela, cuantioso y seguro lucro. Pero el hombre propone y Dios dispone, y sucedió la cosa de muy distinta manera.

Echóse luego de menos en la casa del señor Conde á la doméstica, y oidas las relaciones y esplicaciones de otros varios criados, fué patente que ella habia tomado parte en el caso, y desde entónces á averiguar su paradero se dirigieron todas las pesquisas, pues con fundamento se presumió que si no

guardaba á la niña, habia de saber en donde se hallaba oculta.

La criada, ya ducha en tales lances, y constándole que la perseguian, hizo de manera que no se pudiera dar con ella, pudiendo embarcarse con nombre supuesto y logrando así que fueran infructuosas por entónces todas las diligencias hechas en su busca.

Pasó tiempo, y cuando el Conde iba ya perdiendo la esperanza de encontrar á su hija, supo que la supuesta criada se hallaba en América y calculó que con la misma estaria la niña.

Inmediatamente escribió á una señora respetable, hermana suya, mujer de un magistrado, con el cual se habia casado, no entrando de lleno el Conde en la boda por creerla inferior á lo que en su concepto, por su alcurnia, la hermana merecia; pero con la cual fué poco á poco transigiendo, no pu-

diendo tener ya remedio lo hecho. Habíala contado ya su desgracia, y mucho lo habia sentido la buena señora, renovándosele con esto la memoria de su hija única, la cual habia muerto el año anterior. Conocia perfectamente por esto el dolor que á su hermano aquejaba, y tan pronto como se enteró de su deseo, comunicólo á su marido, el cual diestro en esta clase de negocios, se dió tan buena maña que no pasaron muchos dias cuando ya se hallaba la criada en poder de los tribunales.

Prendiósela en la casa de una Señora quien servia, con la que casualmente hizc su viajata, y á la que manifestó que iba á probar fortuna; oido lo cual por la Señora, la propuso si con ella queria quedarse, pues necesitaba á la sazon una sirvienta, yendo como iba á poner casa. Aceptó aquella la proposicion, alegrándose de que tan pronto la protegiera la suerte, y hallábase gozando

de esta dicha cuando se aparecieron á prenderla, llevándola en seguida á la cárcel.

Negó al principio todo lo que con el robo tenia relacion, mas al fin, declaró que ella no habia hecho mas que auxiliar á un hombre que fué el que lo hizo, proporcionándole ocasion oportuna para arrebatar la niña. Que el mismo habia llevado la niña sin que pudiera decir, pues no lo sabia, donde se hallaban, pues ni los habia vuelto á ver ni aquel hombre la dijo adonde se dirigia. Nada mas se pudo descubrir, y fué en vano todo lo que condujo á averignar qué era lo que la unia con semejante hombre, para ser su cómplice.

Luego que el Conde tuvo noticia de que la que fué su criada estaba presa, voló á donde la causa se seguia, con la esperanza de que por temor ó por dones descubriria el paradero de su hija.

Tiernísima é imponente fué aquella entre-

vista, pero nada mas se averiguó de lo que averiguado habia, quedando convencidos de que la declarante sabia poco mas, si es que algo mas sabia, de lo que tenia declarado. Condenada fué á sufrir su merecido, pero con esto el Conde nada adelantó.

Permaneció mucho tiempo al lado de su hermana, y con esta estancia y la comun desgracia que á los dos heria, renovóse aquel tiernísimo cariño que en otro tiempo se habian tenido y que habia entibiado la boda y la ausencia.

Iba el Conde perdiendo la salud á pesar de los cuidados de su hermana, y le aconsejaron que viajára, que viajando podria distraerse. Hízolo así, en efecto, pero la mejoría fué poca.

Hallábase distante de la hermana, cuando supo que, el marido de esta, habia muerto de repente, y en seguida retornó á su lado para consolarla en tan tremendo lance. No

volvieron despues á separarse hasta que, pasados algunos años, falleció el Conde con la grandísma pena de no haber podido volver á abrazar á su hija, y dudando si viviría ó si habria ya muerto. Quedó su virtuosa hermana al frente de la casa y con secretas, instrucciones de lo que habia de hacer, en el caso extraordinario de que pareciera la hija de su corazon, ó en el contrario y mas probable ya, de que no pareciese.

El que robó á la niña, habia tenido vida desenvuelta pero, hasta entónces no habia sido criminal, y hacia poco que pertenecia á la cuadrilla, en la cual, habia entrado por complacer á la supuesta criada, con la que tenia trato.

Al crímen, pues, le llevó una mujer, y la sonrisa de una niña le habia de llevar al arrepentimiento.

Confiaron al celo de los amantes, los compañeros de infamias, la ejecucion del aten-

tado y á cabo se llevó hábilmente; pero cuando á todo correr estaba el ginete robador del sitio en que aquel se cometió, á muchas leguas, Dios que disponia las cosas de otro modo, hizo que la sonrisa de aquella preciosa niña que en sus brazos llevaba le conmoviera, que los rugidos del trueno la rojiza luz de los relampagos y los estragos de la tempestad le dieran miedo y que horrorizado de su propio crímen, pasando por el valle de la *Fuente de los Rosales* y viendo la choza del tio Pedro, dejara en ella á la niña, manifestando los sentimientos que para hacerlo así le movian, en la cartera que cayó junto á la tia Manuela.

Por los mismos impulsado huyó al extranjero y allí trató de vivir; é hízose soldado mercenario. El remordimiento no cesaba de atormentarle y era como una serpiente que tuviera enroscada á su cuerpo, y la sonrisa pura y angelical de María su pesadilla,

no pudiendo apartar de la mente las ideas del dolor del padre y del estado en que se hallaría la niña tan lejos de los suyos. En su nueva profesion, corria á la muerte buscándola para salir de tan insoportable estado, pero la muerte no le heria y pasado el combate volvia á sentir sobre su corazon aquel peso terrible.

Así corrieron algunos años hasta que, un dia estando de centinela en un hospital, vió auxiliar á un moribundo: entónces recordó conmovido que la Iglesia tenia dulces consuelos para todos sus hijos y acudió al tribunal de la penitencia, encontrando allí el remedio que en vano habia buscado con ahinco en otras partes. Trató luego de reparar el mal que causó decidiéndose á volver á los sitios en donde debian de estar los ofendidos. Poco tiempo despues de esta resolucion fué cuando habló con Andrés junto á la *Fuente de los Rosales*, y por él se enteró de que la ni-

ña robada no habia muerto, y de que allí permanecia, que era lo mas interesante de lo que tenia que averiguar, para la ejecucion del plan que en su mente bullia.

Con tales noticias, marchó corriendo á la Quinta de la Almena, y en esta supo que el señor Conde de la Encina habia muerto, siendo acaso la causa principal de su muerte la pena de no haber vuelto á ver, ni sabido el paradero de su hija.

Enteróse de que la hermana del señor Conde era la que regía la casa, y de que aun vivian el mayordomo y el aya de la niña que moraban en el palacio cuando sucedió el caso.

Fuese inmediatamente adonde estaba la Señora, presentóse á ella, y relatándola sin ambages su criminal historia, habló de tal modo y mostró un arrepentimiento tal, que la señora hermana del Conde, á pesar de ver en él el causador de tantas desgracias, mi-

róle benignamente y le prometió que si la Condesa le perdonaba, ella no le descubriría, siendo cierto que aquella viviera y que se hallaba en el pueblo cercano al sitio en donde él, como decia, la dejó.

Al oir esto volvió á dar tales seguridades de la verdad de su relato que, al fin, la Señora dispuso que fueran del modo que lo hicieron, á buscar á la jóven que aquel hombre afirmaba ser la misma niña robada, y á la cual hallaron ciertamente, en el propio pueblo, y de la manera que el hombre arrepentido habia predicho.

CAPÍTULO XVI.

EL SECRETO DE MARÍA.

Grande fué el placer que tuvo la hermana del Conde, cuando abrazó á María y esta se halló de su tia en los brazos, casi como en los de su madre.

Por algunos minutos estuvieron abrazadas, y aquel tierno y cariñoso abrazo, trajo á sus mentes tantas y tan diversas ideas, y excitó en sus corazones tantos y tan diversos sentimientos que la pluma no se presta á describirlos. Baste decir que las imágenes que se les representaban eran, las de un

padre, una madre, un esposo, una hija, un hermano... todos séres adorados de ambas y que ya del mundo habian desaparecido.

Todo esto hizo que tal afecto naciera en ellas que, desde entónces, se trataron la tia y la sobrina como madre é hija. Afortunadamente en nada se encontraron opuestas, y parecia que los sentimientos y las ideas de la una, habian servido de norma para la educacion de la otra; con lo cual se aumentó y confirmó el mútuo amor que desde que se conocieron se profesaron.

Contemplaba está dicha, la tia Manuela, con satisfaccion, y anhelaba tener á su hijo Antonio á su lado, para disfrutar de placer semejante, esperando que pronto, María, la cumpliria la palabra dada.

No se habia olvidado, ni por un momento esta de su promesa, pero queria sorprender á la anciana presentándola á su hijo libre, y esta era la razon por la cual no le habia

vuelto á decir ni una sola palabra del asunto.

Era para María cosa de gran monta resolver lo que habia de hacer luego que Antonio regresára; pues en medio de su nuevo estado, y aunque pronto la trataron jóvenes de alta alcurnia, que unidos con antiguas relaciones de antepasados á la casa del Conde, corrieron á rendirla homenage viéndola tan hermosa, Condesa y rica; nada habia cambiado su corazon, y en él sentia aquella inclinacion que la llevaba á considerar á Antonio, como el único hombre que podría hacerla feliz en el mundo.

Aquel amor purísimo que habia nacido á la sombra del hogar doméstico, de la muda contemplacion de las virtudes de Antonio, que por primera vez le habia manifestado cuando sus ojos iban á cesar de verle, cuando la ausencia, del amor enemiga, se levantaba entre ellos, no era posible que cesára por la consideracion de la diversidad de na-

cimiento y de fortuna. En almas de menor temple que la de María, hubieran podido estas circunstancias influir, pero en ella no.

Mas sin embargo de que su resolucion no variaba, conocia que era fácil que no agradára á todos y determinó obrar, pues no cabia dilacion queriendo que Antonio fuese libre, y callar hasta que llegára el caso de tener que manifestar su pensamiento.

Habia una persona en su familia que siempre la estaba demostrando particular y respetuoso afecto, y para la cual la voluntad de María era ley. Esta persona no era otra sino Alejandro, el hombre que la robó y el mismo que la habia restituido á su casa.

Alejandro al dia siguiente de haber llegado con la Condesa, la pidió una entrevista, á la cual accedió María. Ante ella volvió á acriminarse Alejandro de su conducta pasada, á dolerse de tanto mal como habia hecho, manifestándola que era dueña de deci-

dir sobre su suerte, estando dispuesto á obedecerla en todo, aun cuando fuera delatarse él mismo á los tribunales.

María le contestó que en nadie tenia mas confianza que en él, y que jamás saldria de su casa si se portaba como hombre honrado.

Lleno de gozo estaba Alejandro desde entónces, y ninguno miraba con tanto interés por las cosas de la casa, para las cuales era á propósito, porque ademas de ser listo, servíale de mucho tanto como por el mundo habia corrido.

A Alejandro, pues, fué al que eligió María para la realizacion de su plan.

Llamóle reservadamente á su cuarto, y despues que estuvo delante de ella, le dijo:

—Alejandro, voy á encargarte una comision secreta y cuyo fiel desempeño me interesa mucho.

—Mándeme V. S., señora Condesa, como

guste. V. S. sabe que no tengo otro deseo mas que el de complacerla.

—Antonio Antolin es soldado del regimiento T: averigua donde está el soldado, y cueste lo que cueste, líbrale del servicio. Despues harás que se cumpla lo que en este papel dispongo, añadió dándole una carta. Sal al instante y date prisa para volver pronto.

—Lo haré todo como mandais, señora.

Salió de la habitacion Alejandro y dos horas despues habia ya partido, dirigiéndose adonde le dijeron que se hallaba el regimiento en que servia el soldado á quien iba á buscar.

La tia Manuela, que nada de esto sabia, en su interior de María principiaba ya á murmurar, achacándola que se habia olvidado de su hijo, por el que en otro tiempo tanto parecia interesarse. El celo de madre la acriminaba de olvidadiza y de presuntuo-

sa, cuando el pensamiento de librar á Antonio y el de tenerle al lado era el único que ocupaba á María, y cuando estaba dispuesta á arrostrar todo género de inconvenientes por hacerle feliz. ¡De tal modo suele juzgarse de los demas, cuando nos parece que no obran segun nuestro modo de pensar.

Meditó mucho la tia Manuela sobre si se lo habia ó no de recordar, y se decidió al fin por hablar á María de la promesa que le habia hecho, y se disponia á cumplir su propósito, cuando llegó Alejandro un mes despues de su partida.

Fué á estar inmediatamente con María, y esta, al verle entrar solo y triste, se presumió al instante que algo grave habia sucedido, y asustada exclamó:

—¡Qué hay! Alejandro, dime....

—Siento, señora, dar á V. S. un pesar, contestó; pero no he sido afortunado en la empresa.

—Pero qué.... habla....

—El soldado á quien iba á buscar... no... está....

—No estará en el regimiento que sabíamos, pero.... estará en otro, del cual habrás averiguado el nombre.... dijo María con precipitacion.

—No, señora, no será fácil encontrarle.

—¡¡No será fácil!! ¡¡ha desertado!! ¡¡ha muerto acaso!!... Sácame de esta terrible incertidumbre.

Alejandro desenvolvió un papel y se lo entregó á María, la cual cogiólo en seguida, exclamando un momento despues:

—¡¡No vive ya!!... ¡Dios mio! ¡¡qué pronto!!... ¡¡¡Antonio!!!...

Cayó desmayada María. Alejandro pidió socorro y todos vinieron asustados. Llegó la primera la tia de la Condesa, la cual no enterada del caso, interpeló con aire de des-

confianza á Alejandro, el que calló al principio; pero tan apurado se vió, que para escusarse, contó lo que sabia, lo cual oido por la tia Manuela, no dudando que aquel soldado de quien se hablaba y no nombró Alejandro, era su hijo, principió á lamentarse de modo que sus palabras llenaban á todos de dolor. Auxiliósela y fué llevada á su cuarto.

María, tan pronto como volvió en sí, confirmó lo que habia dicho Alejandro y mostró á su tia la fé de muerto de Antonio, el cual falleció de resultas de una herida que recibió en el campo de batalla, adonde, necesitándose gente, fueron todos, hasta los soldados que hacia poco habian sido incorporados al regimiento, y que eran muy bisoños todavía.

Todos miraban en la casa de la Condesa, como muy natural su sentimiento por una persona, con la cual se habia criado y á la

que solia dar el cariñoso nombre de hermano. Pero ninguno pudo saber cuán intenso fué su dolor.

María, con la muerte de Antonio, perdió las mas halagüeñas esperanzas que habia tenido en su vida; aquellas esperanzas que solo aparecen una vez, que son hijas de los primeros amores y puras y bellas como las rosas.

Que descubren un porvenir de delicias, una dicha en la cual todo es amor y dulzura, luz y armonía, paz y consuelo, gozo y ventura; de la cual el corazon desea inundarse, pero que jamás toca en la tierra y solamente hallará en el cielo.

Si á María causó tan honda pena la muerte de Antonio, la tia Manuela no pudo resistir el terrible golpe de la pérdida de su hijo. Y su salud, ya tan debilitada, fué acabándose poco á poco hasta que espiró en los brazos de María.

Esta honró la memoria del hijo y de la madre con solemnes exequias; y además del que cubria su corazon, vistió el luto que las gentes habian de ver, haciéndolo vestir tambien á toda su servidumbre.

CAPÍTULO XVII.

PROYECTOS.

Si grande fué el placer de Andrés cuando María le invitó á que con ella marchase, sintiólo todavía mayor al verse instalado en la casa de la Condesa y considerado como un pariente cercano y querido.

Pasados los primeros dias y cuando ya las nuevas impresiones se fueron amortiguando, discurrió Andrés acerca de su posicion, y tanto por corresponder á los beneficios de María, cuanto por llevar á cabo su plan, trató de hacerse lugar entre todos.

Consistia aquel en realizar el pensamiento que mas de una vez le habia halagado, que era el de casarse con María, para lo cual consideraba que con la novedad ocurrida necesitaba ser habilísimo y en nada demostrar absolutamente, sino cuando ya fuese oportuno, su deseo.

Aplicóse por tanto á estudiar los negocios y las necesidades de la casa, y en tal estado se hallaba cuando ocurrió el fallecimiento de su hermano, y no mucho despues el de su madre.

Lloró á esta y á aquel; pero hizo mas demostraciones de dolor del que verdaderamente sentia, teniendo presente que esto habia de agradar á la Condesa, cuyo cariño á su madre le era notorio y cuya inclinacion á su hermano puede afirmarse que era el único que la habia llegado á presumir.

Despues de estos sucesos dedicóse con mas ahinco á los negocios, y como tenia buen

criterio y para todo esto disposicion, no tardó mucho en ser un excelente administrador, y á poco, árbitro en la mayor parte de las cosas de interés; pero á medida que fué creciendo en importancia, fueron apareciendo sus naturales defectos, que él trataba de disimular, pero que ya muchas veces, ofendian á los inferiores.

No llegó á pasar un año despues de la muerte de la tia Manuela, cuando sucedió otra desgracia que afligió mucho á la Condesa. Sin embargo de que por este tiempo pudo consolarla con palabras de resignacion y cristianos consejos su antiguo amigo y maestro el señor Cura del pueblo del tio Pedro.

Este señor, cuando ya estaba de Canónigo y hacia meses que no sabia de María, recibió la carta que ésta le escribió consultándole acerca de aquel sentimiento desconocido é inclinacion secreta hácia Antonio, y de la

desgracia que preveia cuando este estaba para salir soldado.

A la tal carta iba á contestar el buen señor; mas antes que lo hiciera recibió otra, en la cual María le daba parte, desde su palacio, de la nueva posicion en que Dios la colocaba, y le contaba con todos sus pormenores como su familia al fin la habia encontrado. Suplicábale ademas que hiciera por trasladarse á la ciudad donde ella vivia, pues en ella habia tambien Catedral y que por su parte tambien haria por conseguirlo.

Los esfuerzos de ambos lograron al fin la traslacion, y no mucho despues de la muerte de la tia Manuela, María tuvo la satisfaccion de volver á ver á su antiguo Párroco.

Encontró á María, aunque Condesa, la misma en sus buenas ideas y sentimientos, y dió por esto muchas gracias á Dios. Hizo pronto amistad con la hermana del Conde, por ser esta señora mujer de razon y buena cristiana,

y al tiempo de su última hora la auxilió, siendo él y la Condesa quienes la cerraron los ojos y rogaron por ella inmediatamente despues de su muerte, la cual volvió á rénovar el dolor á María, no bien amortiguado, y que fué mitigándose con las eficaces y cristianas reflexiones del Canónigo.

La Condesa, que habia escuchado con benevolencia indicaciones de su tia acerca de su casamiento, pero del cual jamás trataron formalmente, principió ahora á reflexionar acerca de su estado, hallándose, como se hallaba, casi sola en el mundo, pues únicamente quedaba de la familia una parienta lejana, la que tenia un niño hermosísimo, al cual queria mucho María; siendo los demas extraños, aunque á ella estaban unidos por vínculos de cariño los menos y por los de interés los mas.

Mirábase dueña de un título y de una inmensa fortuna, y se agolpaban á su mente

las razones de familia que tantas veces la habia repetido su tia para que viera que era conveniente su matrimonio. Meditaba frecuentemente sobre esto y no se atrevia á tomar resolucion en tan difícil negocio.

Andrés, en su plan perseverante, se habia mostrado muy solícito para con ella desde hacia algun tiempo, pero encubriendo con habilidad su deseo. Esta solicitud y el ver en él el único de aquella familia que tanto habia querido, hizo que la ocurriese la idea de casarse con Andrés, no habiendo encontrado, por otra parte, entre los jóvenes de familias distinguidas que la trataban ninguno que la agradase.

Antes de resolverse consultólo con su antiguo Párroco, el cual apoyó la idea de tomar estado, pareciéndole acertadísimo que María se casara; pero hizo alguna advertencia sobre el novio, mas sin insistir demasiado, juzgando que Andrés se portaria

como hasta entónces se habia portado y mirando aun todavía con mas celo é interés por el buen gobierno de la casa y la familia, agradecido á la nueva distincion de María.

CAPÍTULO XVIII.

LA QUINTA DE LA ALMENA.

Era una hermosa mañana de abril. No habia mucho que el sol habia iluminado con sus purísimos rayos las copas de los frondosos árboles de la quinta llamada de la Almena.

En sus jardines, de caprichosos dibujos y llenos de las mas raras y aromáticas flores, el aura corria ligera formando un ambiente dulce y apacible.

Años habian transcurrido desde que María, hallada por su familia y proclamada hija

del Conde de la Encina, salió del pueblo inmediato al valle de la *Fuente de los Rosales*.

Al fin de los jardines que rodeaban la Almena habia una puerta de hierro que unia la tapia de aquellos, y aquí se hallaban, como esperando, varias personas, al parecer dependientes de la dueña de la Quinta.

De cuando en cuando miraban hácia el camino que allí desembocaba, y viendo que nadie aparecia, continuaban en conversacion.

Un muchacho que habia bregado por encaramarse en lo alto de la verjas, despues que llegó á la cima, dijo con tono solemne:

—Nada.... nada se ve todavía.

—Pues no debe de tardar la comitiva, contestó uno de los de abajo y que se hallaba sentado con los demas, porque cuando miré el reloj hace un instante ya estaba marcan-

do la hora designada por la Señora, y muy bien sabeis que le gusta la puntualidad.

—Es cierto lo que dices, Sebastian. El otro dia me descuidé yo un momento y ya estaba esperando las flores.... me lo advirtió sin regañarme y con esa bondad que á todos nos encanta.

—Es que es muy buena, añadió una mujer.... ¡Cómo se parece á su padre! Mucho me alegraria de que fuera feliz.... Ella que desea la felicidad de todos. ¿Os acordais lo que hizo el otro dia, cuando fué á ver á la pobre Rita, la madre de los gemelos...? La infeliz no tenia ni aun pan que llevar á la boca, su marido no habia podido trabajar en muchos dias... pues la Señora los sacó de apuros y tomó á su cargo la crianza de los recien nacidos.

—Muy buena es la Señora, continuó otra mujer.... á mí me gusta mucho. No me parece tan bien el señor D. Andrés.

Calla.... calla, Josefa.... dijo uno interrumpiéndola, y que al parecer tenia cierta autoridad sobre ella.

—¿Por qué he de callar, hombre? Mi marido, añadió dirigiéndose á los demás, todo lo teme. Pues no faltaba otra cosa.... que siendo tan honrado, cumpliendo siempre con tu obligacion y habiendo toda tu familia servido en la casa, te dejáran sin comer por palabra mas ó menos.... ¿Por qué no se ha de decir todo entre nosotros...? Si tenemos confianza.... Yo estoy segura de que los que estamos aquí pensamos lo mismo. La Señora se casa.... bueno: yo respeto mucho la voluntad de la señora; pero digo que me gusta mas la novia que el novio.

—Eso me sucede á mí tambien, continuó otra mujer.

—Y á mí....

—Y á mí, fueron repitiendo las demás, y lo propio dijeron despues los hombres.

—Lo ves, Anacleto, como todos son de mi opinion.

—Sí, ya lo veo, contestó este. Y no creas que te diré que estás equivocada; pero lo que sí digo es que no debemos murmurar del que va á ser nuestro amo. A la Señora creo que le parece bien.... se casa con él... pues no necesitamos saber mas.

—Bien, cuando sea el amo, replicó Josefa, ya se vé.... entónces.... qué le ha de hacer una.... aunque no guste.... pero....

—Ya viene.... ya viene la comitiva, gritó el chico desde lo alto, y de un salto se plantó en el suelo.

Todos dirigieron la vista hácia el camino y, muy distantes aun, se distinguian algunos bultos. Poco á poco se fueron acercando y momentos despues llegaron adonde permanecian los que aguardaban.

Eran dos coches, y cuatro personas los seguian á caballo: coches y ginetes pasaron

la puerta de la cerca, y todos fueron á parar junto á la del palacio.

Bajáronse del primer coche una jóven vestida de negro y un Sacerdote. Y del segundo una señora anciana y dos mujeres mas.

Apeáronse los de los caballos, que eran un jóven y tres personas de mas edad, y subieron al palacio.

Media hora despues la comitiva se hallaba en la preciosa capilla de la Quinta, donde el Sacerdote unió con indisolubles lazos á la jóven vestida de luto, que era la Condesa que lo vestia por la hermana del Conde su padre, con el jóven que habia llegado con ella, que era Andrés.

CAPITULO XIX.

LA ESPERANZA PERDIDA.

Pasó la luna de miel tranquilamente; pero como no hay miel sin hiel, Andrés, para quien el matrimonio con la Condesa habia sido la corona de su plan de engrandecimiento, principió á olvidarse de sus deberes, y las innobles pasiones que por tanto tiempo habian como fermentado en su pecho, se presentaron con toda su funesta violencia.

Es particular opinion del que estas líneas escribe, que los hombres casados, por echarse fuera del pacífico y dulce hogar domésti-

co, se echan encima muchas desdichas. Y que las mujeres que buscan la alabanza fuera de su casa, están en camino de perderse. Opina tambien que es triste cosa que para muchos la Epístola de S. Pablo sea como un canto obligado de los desposorios, y que este canto se olvide como los ecos del órgano.

Porque suele suceder, y hechos muy demostrados lo acreditan, que principiando los hombres por ser desabridos, acaban por hacer imprudentes á sus mujeres; y que el desabrimiento de aquellos y la imprudencia de estas, todo en último grado, conviertan un lazo ya indisoluble, un estado de recíproco amor, de mútuo auxilio, de hermosa paz, y dulce calma, en cadena de horrores ó en un perpétuo infierno.

Tal hubiera sucedido en el matrimonio de Andrés y la Condesa, si esta, con su conducta virtuosa, con su benevolencia, con su respeto, con su paciencia en sobrellevar

los defectos de su marido, no hubiera contenido la esplosion de sus malévolos y viciosos deseos, y una vez estos desencadenados, no hubiera sabido estar resignada y ser esclava de sus deberes.

Tuvo un niño María que endulzó las amarguras de la esposa, y fué tambien la tierna y amorosa traba que sujetó á Andrés por algun tiempo. Pero aquel precioso niño murió dejando á su madre en la mayor angustia.

Con él huyeron todas las alegrías de la Condesa, todas sus esperanzas.

Andrés, en vez de mitigar el dolor de su esposa, en vez de consolarla con palabras de amor y de ternura, esquivaba su presencia y era indiferente á las reflexiones que alguna vez le hizo el Canónigo.

La paciencia de su mujer y las cariñosas amonestaciones que le dirigia en los pocos momentos que lograba tenerle á su lado, se le hacian insoportables.

Los negocios que pretestaba, los viajes, las incesantes ocupaciones, eran todas cosas que le servian para apartarse de su familia y para morar lo menos posible en su casa. Cuando en ella estaba era insufrible para sus dependientes. Su orgullo y sus maneras, su genio violento, pendenciero y dominador, le hacian odioso.

Burlábase con frecuencia de tanto bueno como, á pesar de sus desarreglos, en su casa miraba; de las devociones de María; de su antiguo Párroco; de las sábias y severas palabras de este, que no desaprovechaba una ocasion para hacerle ver que no cumplia ni con los deberes de esposo, con una mujer que era un modelo de virtudes, ni con los deberes de hombre honrado, ni con todo lo que debia por agradecimiento.

Pero Andrés se burlaba de todo esto, porque en su pecho no habia sentimientos puros; su corazon estaba viciado y solo escu-

chaba con gusto los consejos de sus perversos amigos y los halagos de mujeres perdidas.

La Condesa lamentaba todas sus desgracias; pero protestaba una y mil veces sufrirlas resignada, rogando á Dios que la auxiliára con su divina gracia y que perdonára á su marido.

Trabajaba con afan y trataba de ocultar á los demás sus penas, procurando disculpar á aquel, y haciendo lo posible porque no apareciese desprestigiado ante los que en su casa le rodeaban y ante los que de fuera debian respetarle.

CAPÍTULO XX.

LA MUJER DE PABLO.

Estando en el pueblo María, consolaba y socorria á los pobres, de modo que todos la adoraban; pues siendo Condesa, tenia su mayor placer en visitarlos en sus propias y miserables casas.

Bien es verdad que María amaba á Dios de todas veras, y como en amar á Dios consiste la caridad, y esta se extiende á amar al prójimo como á nosotros mismos, natural era que socorriera espiritual y temporalmente á los pobres.

Sus riquezas, ahora, la permitian remediar muchos males, evitar muchas desgracias y en ello se ocupaba diariamente.

Y á medida que mas tribulaciones tenia, cuantas mas eran sus domésticas desdichas, cuanto mayor era el pesar que atormentaba su corazon, era tambien mayor su deseo de consolar al desgraciado, y mas grande la eficacia con que lo hacia; considerando siempre sus penas muy pequeñas en comparacion de lo que sufrian tantos infelices...

En cierta ocasion tuvo noticia de una desgraciada familia y fué al momento é enterarse por sí propia de su necesidad.

Era un dia de invierno, hacia mucho frio y el cielo amenazaba cubrir la tierra con una sábana de nieve.

María llegó á una casa grande, antigua y ya por partes desnivelada, y en la cual á pesar de esto vivian unidos vecinos de diferentes clases y costumbres. Pasó la puerta

de la calle, y por estrechos callejones, se dirigió á un patio en donde, habia un cuarto cuya puerta se hallaba entornada.

Llamó la Condesa suavemente á ella, y desde adentro contestaron:

—Entre quien sea.

Entró la que habia llamado, y aun cuando estaba acostumbrada á ver habitaciones y familias miserables, tal era el estado de esta familia y de la habitacion en que vivia, que verdaderamente quedó sorprendida al verlas.

El cuarto era húmedo y lóbrego, sin mas luz que la que entraba por la puerta y por las rendijas de las paredes. Una estera escasa, casi toda destejida y oscurecida por la humedad, cubria el suelo.

Veíase en un rincon un gergon roto y poco relleno, en el cual dos niños enfermizos estaban acurrucados, mal cubiertos con una saya remendada. Habia en otro alguna ce-

niza junta con tres ó cuatro carbones apagados, y no lejos una mesa de pino pequeña y rota, completando el ajuar dos sillas en no buen estado.

En una de ellas estaba sentada una mujer como de treinta y cuatro años, cuyo rostro envejecido indicaba todavía que había sido bello en otro tiempo.

A su lado, en el suelo, estaba una niña como de doce años, pálida y estenuada, y que sin embargo trabajaba con afan, bordando en lo que apenas veia.

Y cerca de ambas, un niño, casi desnudo, jugaba subiéndose y bajándose de la otra silla.

Al entrar la Condesa, levantáronse la madre y la hija, y el niño quedó, como pasmado, contemplando á la Señora.

Esta tomó la silla que estaba desocupada, dando un beso al niño al tiempo de cogerla, y se sentó en ella añadiendo en seguida:

—Siéntense VV. como estaban, porque tenemos mucho que hablar.

Cautivadas con la dulce expresion de María, volvieron á sentarse, y la mujer atreviéndose á pronunciar alguna palabra, dijo:

—Señora, cuanto siento no tener otra silla mejor que ofrecer á V., porque en esa estará V. incomodada.

—¡No! estoy perfectamente. Tú estás bordando, hija mia, añadió dirigiéndose á la niña. A ver enseñame tu obra.

La niña entregó su bordado á María, y esta mirándole continuó:

—¿Hacen VV. tambien calcetas, no es cierto?

—Si señora, contestó la mujer; pero se gana tan poco, y ya vé V. con tanta familia...

—¿Pues cuántos hijos tiene V.?

—Señora, ocho. Los cuatro que V. vé y otros cuatro, de los cuales, el uno de quince

años, está de aprendiz de carpintero; otro de diez y siete, es oficial de sastre, y ya gana algo; otra de diez y ocho está sirviendo; y el mayor, de veinte, acaba de marcharse á ser soldado.

María se inmutó, y los ojos de la mujer se llenaron de lágrimas...

—Y él era el que nos sostenía... porque su padre...

—¡Cómo! ¿no es V. viuda?

—No señora... pero como si lo fuera... contestó la mujer, dando á su semblante particular expresion. ¡Pobre hijo mio! ¡si él supiera como está ahora su madre!

La mujer lloró y miró á María, la cual tambien estaba afligida, tanto por los tristes recuerdos que las palabras de aquella la habian despertado, cuanto por el dolor que manifestaba el semblante angustioso de aquella infeliz. Esta, pareciéndola que entristecia á la Señora con su relato, añadió:

—Señora, la estoy á V. dando mal rato, contándola mis desgracias...

—No, no... siga V., contestó María, sus penas me interesan, cuénteme V. todo lo que quiera, y acaso Dios haga que puedan remediarse alguno de sus trabajos.

La mujer miró con indefinible ternura á la Condesa, y se quedó como pensativa... y pasado un momento continuó diciendo:

—Señora, V. me inspira mucha confianza, y la contaré á V. todo lo que me sucede... Yo, mire V., estuve sirviendo... y gracias á Dios me fué tan bien, y me quisieron tanto los amos, que cuando me casé llevé algo para ayudarnos á vivir. Por algun tiempo fuí muy feliz; pero despues fuí teniendo hijos y mas hijos, bendito sea Dios, y algunos enfermitos, como V. vé... y no iba ya bastando lo que Pablo ganaba. Gracias á Dios yo pude ganar algo tambien, y fuimos, aunque con escasez, sosteniendo la familia. Pe-

ro por entónces principió mi Pablo á juntarse con otros que no eran tan buenos como él, y comenzó nuestra miseria á ser grande. Poco á poco dió mi Pablo en abandonarnos, y cada vez mayor era nuestra miseria... hasta que llegó á ser espantosa... Entónces él, sin duda por ganar en otra parte mas, se marchó, y despues apenas he tenido noticias suyas... y hoy, Señora, rodeada de estos niños, se pasan muchos dias... sin que tenga pan que darles...

María estaba sumamente conmovida, porque veia en la historia de la mujer, su propia historia de casada. El mismo criminal abandono... la misma separacion de la familia... la misma seduccion de amigos malvados... el mismo desprecio de sus deberes, aun cuando variaran en algo las causas, aun cuando acaso fuera todavía mas criminal su marido, que el marido de la infeliz mujer.

Todo esto se agolpó á la mente de María,

la cual, no mucho despues de haber callado su protejida:

—Vaya por Dios, dijo, no se aflija V., porque Dios quiere mucho á los que padecen... y verá V. como premia su resignacion. Tome V. por ahora esta tarjeta, vaya V. adonde dice, y allí la darán á V. alguna cosa.

Levantóse la Condesa, se acercó al lecho donde se hallaban los niños, los estuvo palpando, los besó y salió inmediatamente del cuarto entre las bendiciones de la mujer y de sus hijos.

Pocos dias despues esta familia vivia en la Quinta de la Almena. La Condesa hizo que buscaran á Pablo, el cual arrepentido se reunió con su mujer, y desde entónces se portó como buen padre de familia. Era solo débil, no estaba pervertido enteramente, y amaba todavía á los suyos. Era agradecido y reconocido al favor de la Condesa, trabajó con afan, y logró merecer el amor de su esposa, el cariño de sus hijos y el aprecio de todos.

CAPITULO XXI.

ADVERTENCIAS SALUDABLES.

Mientras que María se ejercitaba en obras de caridad, pensando en el mejor modo de socorrer al prójimo, remediando tan grandes necesidades y derramando con dulzura el bien por todas partes, Andrés, para el único á quien ya eran indiferentes la bondad y las virtudes de la Condesa su mujer, se entregaba al juego y á la disolucion, adulado por una turba servil de viciosos.

Entre los innumerables caprichos que quiso satisfacer, luego que fué marido de aque-

lla, fué uno el de la adquisicion del pueblo y términos donde habia nacido.

Este deseo, que ciertamente no desmentia de su carácter, era mas razonable que otros que solia tener, y en cierto modo fundado, y por esto la Condesa convino pronto en satisfacerle, porque tambien la complacia ser dueña de aquellos sitios en donde se habia criado y vivido por tanto tiempo, en donde su infancia se habia deslizado dulcemente, y donde se hallaba el valle de la *Fuente de los Rosales*, lugar para ella de tantos y tan caros recuerdos.

No fué fácil la compra, y pasó tiempo hasta que pudo verificarse; pero se hizo al fin, despues de dar no pocos pasos y de pagar mucho dinero.

Tomó posesion Andrés con gran boato: llevó muchos amigos y hubo una gran cacería, y para el nuevo Señor, aquel fué uno de los dias mas dichosos de su vida; estando ro-

deado y acatado de aquellos mismos que en otro tiempo, le habian conocido como hijo del tio Pedro.

Solian repetirse frecuentemente estas funciones campestres, y poco despues del dia en que la Condesa habia ido á enjugar las lágrimas de la pobre familia de Pablo, Andrés, sin contar para nada con su mujer, como ya era su costumbre, dispuso una magnífica expedicion, segun él decia, para celebrar la compra de la finca, que hacia años por aquellos dias se habia tomado; pero en verdad por motivos muy distintos y ciertamente nada puros.

Convidó á todos sus amigos, muy particularmente á los mas relajados, y estaban invitadas tambien algunas damas que no eran visita de la Condesa.

Esta, en tanto que su marido se ocupaba en la ejecucion de tales proyectos, impresionada con la reconciliacion de Pablo con

su mujer, discurria sobre la mejor manera de atraerle á senda menos tortuosa que aquella por la cual osadamente marchaba; haciendo que variara de una conducta, con la cual estaba muy en peligro de perder su alma.

La Condesa, por apartarle del abismo en que se iba sumergiendo, estaba dispuesta aun á sacrificarlo todo, y varias veces habíase ocupado de este grave negocio con su buen amigo y antiguo Párroco el Canónigo, el cual, aunque infructuoso habia sido lo que tantas veces habia hecho con el mismo fin, no escuchadas sus palabras y advertencias, y aun alguna vez tratado con menosprecio, ahora nuevamente instado por María, pidió á Andrés una entrevista; pero éste no dió contestacion categórica y dejaba que el tiempo trascurriera.

Sabiendo el Sacerdote que Andrés, cuando este de los preparativos de la cacería se ocu-

paba, se hallaba en casa, aunque no sabia el motivo de tan larga y ya desacostumbrada estancia, se determinó á ir adonde se hallaba y á abordar la cuestion de frente.

Llegó allí y entró diciendo:

—Perdona, Andrés, si debiéndote hablar me resuelvo á hacerlo, sin embargo de que no me hayas fijado dia y hora, como hace tiempo te he pedido, para que á tu gusto se verificase. Pero asunto tan grave es el que aquí me trae, que no he dudado un momento en pecar de descortés, con tal de que tú me escuches.

—Puede V. decir lo que quiera, contestó Andrés con sequedad... Pero le ruego que no me hable de asuntos domésticos.

—Siento no poder complacerte, replicó el Canónigo, porque precisamente el que tú los tengas abandonados es lo que me hace venir. No son cosas pepueñas de las que se trata; son el honor de la familia, la tran-

quilidad de tu mujer, la fortuna de tu casa, el bienestar de todos.

—Señor Cura, vuelve V. otra vez con esos cuentos... VV. se han empeñado en quitarme la libertad... en que no sea dueño de mi casa... de mis acciones...

—No, no queremos nada de eso. Esa libertad que tú llamas, y que es completo desenfreno, completa relajacion de todos los sagrados vínculos que te unen á tu familia y á tu casa... completa falta en el cumplimiento de tus deberes como marido y como jefe de una familia, no puedes tenerla. Y si tu conciencia ya nada te dice, ó sofocas su grito con el ruido de tus locuras, si el olvido... ¡parece imposible! si el olvido de todo sentimiento religioso te hace obrar criminalmente, si el remordimiento no te aqueja y eres esclavo del vicio, yo, ministro de Dios, tengo la obligacion de avisarte y decirte que mires por tu alma..... de decirte que la

muerte te asaltará... que tendrás que dar cuenta á Dios de tu conducta... de todo... todo ese mal que estás haciendo...

—Señor Cura... yo le suplico á V. que me deje, exclamó Andrés con semblante adusto. Ya sé gobernarme solo... y tengo que disponer mis cosas para la cacería de mañana.

—Bien, ya te dejo; pero tambien á mi vez te suplico que medites sobre lo que te he dicho. Veo hasta que extremo de indiferencia te han conducido tus extravíos... ¡Ojalá que no sea tarde cuando quieras volver por tí mismo!

Salió el Canónigo lleno de angustia al conocer el estado moral de Andrés. Fué á estar con María que esperaba ansiosa por saber el resultado de esta entrevista. Díjola que nada creia haber conseguido, y que su marido solo se ocupaba entónces de una cacería que proyectaba. Lloró la Condesa por

su esposo y rogó fervientemente á Dios que tuviera de él misericordia.

Poco despues Alejandro, de órden de la Condesa, averiguaba cautelosamente todo lo concerniente á la expedicion que iba á verificarse.

Una hora despues la Condesa, enterada de lo que saber queria, dispuso ir tambien al lugar adonde se disponia á ir su marido.

CAPÍTULO XXII.

LA CACERÍA.

La diligencia de Alejandro en cumplir las órdenes de la Condesa y como ésta deseaba, hizo que llegaran al magnífico palacio, edificado donde fué la casa del tio Pedro, media hora antes que la comitiva que seguia á Andrés, sin ser vistos por esta, aunque se dirigia al mismo sitio.

Habia en el palacio una entrada secreta, que conducia á un lindo gabinete contiguo á la sala de recibimiento, y cuya puerta de entrada á esta, se ocultaba en la pared.

A este gabinete subió María y en él se quedó sin que nadie tuviera noticia de que habia llegado.

Poco tiempo despues fueron apareciendo los de la comitiva y otros que, si con ella no venian, habian sido invitados. Andrés, que acompañaba á una elegante jóven, á la cual seguian tres ó cuatro caballeros, llegó tambien y todos subieron al palacio.

Allí tomaron un ligero almuerzo, y en seguida cada cual corrió á montar en su caballo, pues iba á comenzar la cacería.

Andrés, cuando ya del salon los convidados salian prometiendo bajar inmediatamente, entró en el gabinete á mudar el trage.

La Condesa esperaba aquel momento para hablar con su marido. Este al verla se turbó por un instante; mas recobrando pronto su osadía, dijo:

—¡Me sorprende, Señora, veros aquí!

—Lo creo, Andrés, contestó la Conde-

sa, porque tú no acostumbras darme parte de estas fiestas. Tú huyes de mí y yo quiero buscarte para decirte lo que siento. Y no creas que á ello me mueve tu abandono, ni el desprecio con que me tratas, no: todo esto lo he sufrido y lo sufriré con resignacion, si el Señor se digna concedérmela. Dios quiere que padezca, y padeceré, porque tal es su voluntad... Pero tengo miedo por tí..... no sé que siento que me ha impulsado..... á seguirte..... á venir á decirte que abandones esa conducta..... que dejes esas compañías.....

—Señora, á lo que ha venido V. es á impedirme que me divierta, y protesto que no será así. No estaba V. contenta con la reprimenda que me echó el señor Canónigo y ahora quiere V. completar la obra..... acaso escandalizar... ponerme en ridículo...

Don Andrés..... D. Andrés..... se oyó que decian fuera.....

—No, no..... se apresuró á decir María, poniéndose de rodillas delante de su marido. Tu honra es mi honra..... tu vida es mi vida.....

—Señora, no oye V. que me llaman. Déjeme V., contestó bruscamente.

María extendió sus brazos en ademán suplicante..... y él rechazándola, salió cerrando tras de sí la puerta apresuradamente.

Los ojos de María se inundaron de lágrimas y permaneció postrada orando con fervor.

En tanto, Andrés, llegando prontamente adonde le esperaban, y disculpándose de su tardanza, montó á caballo. Un momento despues salia la comitiva del palacio.

Era vistosa la cabalgata y parecia que la funcion habia de ser divertida. Pronto llegaron al lugar donde habia de principiar la caza.

Ocuparon luego los ojeadores sus puestos para estar á punto á la primera señal.

Los perros jugaban alrededor de sus guardadores y ansiaban ya por seguir á las fugitivas piezas. Las trompas principiaron á resonar y apuestos y ligeros jinetes corrian por todas partes.

Un sol purísimo brillaba en el cielo y una aura apacible llenaba la atmósfera. Todo convidaba á gozar y todos esperaban divertirse.

Poco tiempo despues cada cual ocupaba el sitio que le correspondia, y estaba dada la señal de muerte contra los aturdidos animales.

María, cuando los convidados se habian alejado del palacio, lleno su corazon de pena y con el alma angustiada, fue al valle de la *Fuente de los Rosales*, donde esperaba que la vista de aquellos árboles, de aquellas flores, de aquellos campos, de aquellas aguas, de aquellos aromas dulcísimos, de aquel ambiente puro y perfumado,

calmáran su pena. Donde esperaba que tantos y tan dulces recuerdos como todos aquellos sitios y todas aquellas cosas traian á su memoria, tranquilizáran su agitado espíritu.

Sentóse junto á la fuente, y sus puras, pero ardientes lágrimas, se mezclaron con las corrientes y cristalinas aguas.

Andrés, al mismo tiempo que esto sucedia, acechaba con otros una magnífica pieza. Estaba tambien en aquel corro la jóven á quien acompañaba y con la cual hablaba con familiaridad.

De pronto, y casi de sus piés, salió corriendo el animal que perseguian. Violo Andrés al instante y lanzóse el primero en su seguimiento, yendo detrás de él otros muchos.

El caballo que montaba Andrés era brioso y corredor. Sintiendo frecuentemente el acicate y los pasos de los que le seguian, echó á correr á todo escape.

La pieza desapareció; Andrés quiso detenerse, pero imposible.

El caballo apenas tocaba el suelo, su velocidad era la del rayo; solo tenia cierta semejanza con la misma con la cual Andrés se habia lanzado por el camino del vicio.

Andrés hacia esfuerzos inauditos por detener el caballo, por salir de aquel tremendo y congojoso estado; pero todo fué en vano. Pensó arrojarse al suelo, mas el miedo le detuvo. Apenas veia los objetos, instintivamente estaba como pegado al caballo. Este, cada vez mas, aumentaba el empuje de su carrera. Andrés sentia sudores de muerte, y mil ideas diversas se agolpaban á su imaginacion. El caballo, desbocado ya, no distinguia, su instinto no le guiaba. Su fuerza lo vencia todo, y á su ligereza no habia obstáculo.... Pero llegó á una eminencia cortada por una honda quebradura... traspasóla.... faltóle tierra donde apoyarse

y caballo y caballero se hundieron en el abismo.

Nada habian podido hacer para salvar á Andrés los que á lo léjos le seguian, aunque no tardaron en llegar al sitio de la catástrofe y contemplaron desde arriba su cuerpo inmóvil.

Inmediatamente varios ojeadores y algunos caballeros bajaron adonde se hallaba.

El caballo estaba muerto á su lado. Andrés vivia aun, pues su corazon latia. Dispusieron trasladarle al valle de la *Fuente de los Rosales*, que estaba cerca, para rociarle con el agua de la fuente.

María habia permanecido entregada á sus pensamientos, contemplando cómo aquella se deslizaba tranquilamente, cuando sintió ruido cerca de sí.

Alejandro, que habia seguido con cautela á la Condesa, presumió, oyendo voces lastimeras y de alarma no lejanas, que algo extraordinario sucedia, é iba á avisar á su

Señora al aparecer los que traian á Andrés. Ya era tarde.... y María, al levantar la cabeza, se encontró con aquel inesperado grupo que avanzaba. Quedaron sorprendidos los que le formaban al verla, y trataron de ocultar el semblante del desgraciado; pero María, con su bondad natural, preguntó qué habia sucedido y se acercaba á ellos con ánimo de remediar por sí misma el mal, si posible era, cuando descubrió el lívido rostro de su marido.

—¡Esposo mio! exclamó precipitándose sobre él. Andrés..... Andrés, tu María te llama.... vuelve en tí.

Y abrazándolo tiernamente volvia á repetir estas palabras.

Rociáronle con agua y notóse un extraño movimiento. Entreabrió los ojos y dirigió en tornó de sí una mirada de dolor.

—Andrés.... Andrés, repetia la Condesa.... mírame, mira á tu María.

Andrés quiso volver á mirar, mas no pudo; sus ojos perdieron la vida.

La Condesa, con un acento de dolor indescriptible, exclamó:

—¡Dios mio, perdonadle...! Señor, tened misericordia de él.

Al hacer esta súplica su esposa, Andrés exhaló su último suspiro, y su cabeza se inclinó sobre el pecho.

En aquel valle donde puede decirse que habia nacido, junto á la fuente cuyas aguas tantas veces habia visto correr, allí murió, casi en el mismo sitio en donde en otra época habia hablado de María, la cual ahora le estrechaba contra su seno, con el hombre de los bombachos; el cual en aquellos tristes momentos, atónito y aterrado, le veia morir.

CAPÍTULO XXIII.

EPÍLOGO.

Bastantes años despues de lo últimamente narrado, en una Capilla de un Hospital de cierta Ciudad, se celebraba un entierro. Era el de una de esas mujeres angelicales, que consagrándose todas á los demás por amor de Dios, enjugan las lágrimas á los necesitados, cobijan con su amor á los huérfanos, consuelan á los afligidos y conllevan el dolor, los lamentos y las angustias de los enfermos.

Habia muerto una Hermana de la caridad.

Era jóven todavía y parecia en el féretro una azucena recien cortada.

Concluidas las tiernas y religiosas ceremonias muchos de los concurrentes, llorando, se acercaron á contemplarla y á tocar su hábito.

Entre ellos se oian las palabras siguientes:

—¿Quién es esta Hermana?

—Es sor María.... una santa.... Dios la premiará tanto bien como ha hecho.... fué Condesa y muy rica.... y todo lo dejó por ser Hermana de la caridad... ¡Cuánto hemos de echarla de menos...!

Despues que todo hubo concluido, la gente fué desapareciendo, solo dos hombres permanecieron por mucho tiempo todavía humildemente postrados y orando junto al sepulcro.

La que acababa de ser enterrada era María.

Sintió mucho á Andrés y rogaba á Dios por él todos los dias.

De su ánimo iba apoderándose cada vez

mas el deseo de dejar el mundo, mundo en el cual la vida es una cadena de dolores que lleva á una eternidad dichosa si se ha arrastrado con firmeza y resignacion.

María, cuyo corazon ardia en amor de Dios y en amor del prójimo, cuyos virtuosos sentimientos se habian como acrisolado y enriquecido con los vaivenes de la vida, quiso, como todos aquellos que han tenido la dicha de sentir su pecho inflamado por el fuego del divino amor, abandonarlo todo por entregarse á él solamente.

Cedió el título de su casa, con grandes rentas, á aquel niño tan hermoso, á quien ella queria tanto, y que era hijo de una parienta suya, aunque lejana.

Hizo muchas donaciones, y entre otras, una cuantiosa á Alejandro, el cual se habia casado con una sirvienta muy querida de María; y los demás bienes los distribuyó entre los pobres.

Decia, cuando ya era Hermana de la caridad, que nunca habia sido tan feliz.

El espíritu de Dios parecia que la sostenia y alentaba, que tanto y tanto hiciera trabajando con afan en todas partes, era prodigioso; y el Canónigo, su antiguo Cura, la decia muchas veces que atendiese algo mas á sí misma.

Ella no hacia caso; pero su cuerpo se iba debilitando. Cuanto mas su alma se elevaba acercándose al Señor, menor era su cuidado y exclamaba frecuentemente con la Santa Doctora:

¡Ah! qué larga es esta vida,
Qué duros estos destierros,
Esta cárcel y estos hierros
En que el alma está metida;
Solo esperar la salida
Me causa dolor tan fiero,
que muero porque no muero.

Cumplióse al fin su deseo, y combatida por diversos males, enfermó gravemente,

muriendo de una manera tan edificante, que por su muerte y por el recuerdo de todas sus virtudes, la apellidaban la Santa.

Los dos hombres que habian permanecido orando junto al sepulcro de María, aun despues de concluidas todas las ceremonias religiosas, eran el señor Cura y Alejandro.

FIN.

INDICE.

Pág.

PRÓLOGO..... V

DEDICATORIA..... XV

CAPÍTULO PRIMERO.—El hombre desconocido..... 17

CAP. II.—La bolsa y la cartera misteriosas. 25

CAP. III.—Los consejos del Párroco..... 33

CAP. IV.—La hija del Conde..... 41

CAP. V.—Las indagaciones..... 51

CAP. VI.—La muerte del tio Pedro..... 61

CAP. VII.—La entrevista aprovechada.... 69

CAP. VIII.—La tia Manuela y sus hijos... 77

CAP. IX.—María..... 85

CAP. X.—Los amores reservados..... 93

CAP. XI.—La mujer virtuosa..... 99

CAP. XII.—La rosa blanca..... 105

CAP. XIII.—Una carta no esperada..... 115

Pág.

Cap. XIV.—La deuda satisfecha..... 123
Cap. XV.—Cosas que deben narrarse..... 135
Cap. XVI.—El secreto de María..... 147
Cap. XVII.—Proyectos..... 159
Cap. XVIII.—La Quinta de la Almena..... 167
Cap. XIX.—La esperanza perdida..... 173
Cap. XX.—La mujer de Pablo..... 179
Cap. XXI.—Advertencias saludables..... 189
Cap. XXII.—La Cacería..... 197
Cap. XXIII.—Epílogo..... 207

Se hallará en Madrid en las librerías de *Sanchez Rubio*, calle de Carretas; *L. Lopez*, Cármen, núm. 29; *A. Duran*, Carrera de San Gerónimo, 8; *J. Cuesta*, Carretas, 9; *C. Bailli-Bailliere*, Príncipe. En provincias en las principales librerías.